

*Nuevas aportaciones al estudio del lenguaje coloquial
galdosiano*

Manuel C. Lassaleta

Índice general

INTRODUCCIÓN

I. LOCUCIONES ADVERBIALES

A) DE AFIRMACIÓN Y NEGACIÓN.

Ciertos son los toros

Ni Cristo que lo fundó

Ni qué niño muerto

Ni qué ocho cuartos

Ni atado

Solo descuartizada

Aunque me maten

Ni a recoger monedas de cinco duros

Ni ese es el camino

Quita allá

Quite usted allá

Quítese usted de allá

Quítese usted de ahí

Quítate de ahí

Quia

Ni por esas

Qué pareja ni pareja

Ni a dos tirones

Pues no faltaba más

B) DE CANTIDAD

MUCHO

A espuestas

De calle

La mar de

Ciento y la madre

Cualquier cosa

Cualquier dinero

POCO-NADA

A gotitas

Maldito lo que

Maldito, -a

Ni asomo

Ni media palabra

Ni una miaja de letra

Ni un bledo

Ni tres cominos

Ni dos cuartos

Ni gota

Ni una higa

Ni dos higos

Ni una mota

Ni un pepino

Ni un pito

Ni jota

Ni palotada

C) DE LUGAR

LEJOS

Donde Cristo dio las tres voces

Donde Cristo dio las tres voces y no le oyeron

AQUÍ-ALLÍ

De tejas abajo

De tejas arriba

De estrellas abajo

D) DE TIEMPO

SIEMPRE

Hasta el fin del mundo

Hasta que se afeiten las ranas

FRECUEMENTE

Cada lunes y cada martes

Entre col y col

NUNCA

En (mi, tu...) vida

En jamás de los jamases

El día del Juicio por la tarde

La víspera del Juicio Final

E) DE MODO

BIEN-MAL

En grande

Vendiendo vidas

Como a las burras las arracadas

Por puertas

ABIERTAMENTE-CALLADAMENTE

A cara descubierta

A son de cencerros

A cencerros tapados

Con repique de campanas

A la calladita

Chitito callando

De ocultis

Como en misa

Como los gatos

AMISTOSAMENTE

En amor y compañía

APACIBLEMENTE

Como un ángel

CALLADAMENTE (Véase ABIERTAMENTE)

COMPLETAMENTE

A carta cabal

A machamartillo

De cabo a rabo

Hasta las cachas

(Limpio) de polvo y paja

DECIDIDAMENTE

A todo trance

Contra viento y marea

Como el gato a la carne

De cabeza

DESASTRADAMENTE-ELEGANTEMENTE

De trapillo

Con los trapitos de cristianar

DESCONSIDERADAMENTE

Con cajas destempladas

A cajas destempladas

Con una estaca en la mano

De mano en mano

DESORDENADAMENTE-ORDENADAMENTE

Al buen tuntún

Por zancas y barrancas

Por mis pasos contados

DESPREOCUPADAMENTE

Con las manos en los bolsillos

DETALLADAMENTE

Con todos sus pelos y señales

Largo y tendido

DISIMULADAMENTE

A lo bóbilis bóbilis

ELEGANTEMENTE (Véase DESASTRADAMENTE)

ENGAÑOSAMENTE

Como llevan una res al matadero

ESFORZADAMENTE

A todo tirar

A punta de lanza

Como un negro

Como el obispo

ESMERADAMENTE

Como a las niñas de nuestros ojos

EXACTAMENTE

Al punto de caramelo

Talmente

Mismamente

FÁCILMENTE

Como una seda

Como los peces en el agua

Como el pez en el agua

Como Pedro por su casa

IMPACIENTEMENTE

Como agua de mayo

Como pan bendito

INDUDABLEMENTE

A ojos cerrados

A pesar de los pesares

Por encima de la cabeza de Cristo

Por encima de la cabeza de Cristo Nuestro Padre

Como hay Dios

Como Dios es mi padre

Como el Evangelio

Como los Evangelios

Como esta es luz

Como este es día

Como esta es noche

INMEDIATAMENTE

A renglón seguido

In fraganti

A tocateja

INOPORTUNAMENTE-OPORTUNAMENTE

Con mala sombra

Ni de encargo

Como de molde

Como anillo al dedo

Como pedrada en ojo de boticario

INTERIORMENTE

Para su sayo

Para su sotana

OPORTUNAMENTE (Véase INOPORTUNAMENTE)

ORALMENTE

De pico

De dientes afuera

ORDENADAMENTE (Véase DESORDENADAMENTE)

PERFECTAMENTE

Al dedillo

A toda conciencia

A pedir de boca

A qué quieres boca

Como un reloj

(Conocer) como si la hubiera parido

Como si tal cosa

RÁPIDAMENTE

En un abrir y cerrar de ojos

En un dos por tres

En un decir Jesús

En un decir luz

En menos que pía un pollo

En volandas

A escape

De carrera

Como alma que lleva el diablo
Como alma que llevan los demonios
Como un rayo
Como el gato sobre el ratón
A grandes rasgos
Como sobre ascuas
A paso de carga
De un tirón
Del primer tirón
(Irse) por entre los dedos
(Crecer) como la espuma

REPENTINAMENTE

A boca de jarro
De manos a boca
De buenas a primeras
De golpe y porrazo
De sopetón
De rondón
De la noche a la mañana

SINCERAMENTE

De corazón
La mano puesta en el corazón
Con la mano puesta en el corazón
(Hablando) mal y pronto
(Hablando) en plata

VENTAJOSAMENTE

Con los cubiletes en la mano

VERDADERAMENTE

Valga la verdad

Que digamos

Vamos al decir

Como si dijéramos

¿CÓMO?

Con qué cara

A santo de qué

LA DEFORMACIÓN

Así= «asado»

II. LOCUCIONES PRONOMINALES Y LOCUCIONES INTERJECTIVAS

A) LOCUCIONES PRONOMINALES

CUALQUIERA

Cada hijo de vecino

Cualquier hijo de vecino

Cada quisque

Un cristiano

El más pintado

El guapo

TODOS- NADIE

Todo bicho viviente

Hasta los perros

Hasta los perros de la calle

Hasta el gato

Ni alma viviente

Ni un alma

Ni las moscas

Ni una mosca

No haber quien (+ subjuntivo)

Cuatro gatos (pocos)

A Cristo

Ni Cristo

Ni Cristo Padre

Todo Cristo

Ni Dios

Ni el mismísimo Verbo

El Verbo y la Verba

CONNOTACIONES DE LOS DEMOSTRATIVOS E INDEFINIDOS

Aquel, ese, esa, aquella

El tal

Los tales

Otro que tal

El tal con la cual (ambos)

Tal para cual

B) LOCUCIONES INTERJECTIVAS

¡Ave María Purísima!

¡Alabado sea el Santísimo!

¡María Santísima!

¡Por los clavos de Cristo!

¡Por las llagas y por todos los clavos de Cristo!

¡Vive Cristo, por la santísima uña de Dios!

¡Por vida de la santísima uña del diablo!

¡Cuernos sacros del tío Carando pastelero!

¡Qué cuña!

¡Otra te pego!

¡Dale, bola!

¡Ole, morena!

¡Ojo al Cristo!

¡Buen provecho!

¡Ande y que lo parta un rayo!

¡Que le parta un rayo!

¡Así me muera!

¡Que me caiga muerta aquí mismo!

INTERJECCIONES SIMPLES

¡Caramba!

¡Otra!

¡Narices! (¡Qué narices!)

¡Acabáramos!

III. FRASES PROVERBIALES, REFRANES Y ALUSIONES LITERARIAS

A) FRASES PROVERBIALES

1. CITAS COMPLETAS

A buena hora, mangas verdes

Cortinas verdes

A buenas horas y con sol

A fondo o a Flandes

A la vuelta lo venden tinto

Adelante con vuestros faroles

Adiós mi dinero

Adivina quién te dio

Ahí me las den todas

Con su pan se lo coma

Allá te las hay as

Ayúdame a sentir

Ahí queda eso

Apaga y vámonos

Al pan pan y al vino vino

Aquí fue Troya

Caiga el que caiga

Quien manda, manda

Contigo pan y cebolla

De menos nos hizo Dios

El difunto era más chico

El huevo de Colón

¿En qué pícaro bodegón hemos comido juntos?

¿En qué cochino bodegón hemos comido juntos?

Mejorando lo presente

Mi gozo en un pozo

Su gozo en un pozo

Otro gallo me cantara

Pelillos a la mar

Poco mal y bien quejado

Que es la madre del cordero

¿Qué tiene que ver el burro con las témporas?

Quien no te conozca que te compre

Quien no te conoce que te compre

Si conoceré yo a mi gente

Tarde piache

Tijeretas han de ser

Tras de cornuda, aporreada y después sacada a bailar

Verde y con asa

Si me aciertas lo que llevo en la mano, te doy un racimo

2. FRASES PROVERBIALES ALUDIDAS

Al revés te lo digo [para que me entiendas]

En nombrando al ruin de Roma [luego asoma]

Éramos pocos [y parió mi abuela]

[A la vejez viruelas]

A los cuarenta y ocho años me sale el sarampión y la edad del pavo

[París bien vale una misa]

Mi niña adorada bien vale una misa

[Están verdes]

¡Qué verdes están las uvas, qué verdes!

[Habló el buey y dijo mu]

Alargaba el hocico y hasta se atrevía a decir mu

[Fíate de la Virgen y no corras]

Fíate del canónigo y no corras

[Tú lo quisiste, fraile mostén; tú lo quisiste, tú te lo ten]

Tú te lo quieres, pues tú te lo ten

[Juan Palomo: yo me lo guiso y yo me lo como]

Tú te lo guisas y tú te lo comes

[Todo Madrid lo sabía; todo Madrid... menos él]

En Madrid lo sabe todo el mundo

3. FRASES Y ALUSIONES CON PERSONAJES PROVERBIALES

A Segura llevan preso

[Hasta] que San Juan baje el dedo

Siempre lo fue Don García

Ya tenemos a Periquito hecho fraile
Toda la sabiduría del amigo Salomón
Una doña Beatriz Galindo para latines
Es Alejandro en puño
Más listo que Cachucha
Las coplas de Calaínos
Siempre he sido Juan Claridades
Allá se iba Pedro con Juan
No estaba la Magdalena para tafetanes
No está la masa para rosquillas
Más seria que el Papamoscas
Se la lleve Pateta
Como si viera pasar a Perico el de los Palotes
Hay que llamar al tío Paco para que traiga la rebaja
De la propia tía Javiera

FRASES TRABUCADAS

La espada de Demóstenes
La tela de Pentecostés
El alma de Garibaldi
Eppur si muove

4. FRASES Y ALUSIONES HISTÓRICAS

A Roma por todo
¡Santiago y a ellas!
América para los americanos
Piérdase todo menos el honor
Más quiero honra sin barcos que barcos sin honra
¡Vivan las caenas!

Marchemos, y yo el primero, por la senda constitucional

La quemasteis en Cartagena

Laissez aller, laissez passer

El mundo marcha

Señalando las pirámides, dijo lo de los cuarenta siglos

La capital de las setecientas colinas

OTRAS FÓRMULAS PROVERBIALES

Aquí no peco

Al prójimo contra una esquina

Buena doncella te canta

Punto en boca

5. EXPRESIONES A CABALLO ENTRE LA FRASE PROVERBIAL Y LA LOCUCIÓN

Agarrar la ocasión por los cabellos

Buscarle tres pies al gato

Revolver a Roma con Santiago

Querer pez y salir rana

Ser habas contadas

No ser por el huevo, sino por el fuero

Ser más papista que el papa

Estar con alguien a santo dónde te pondré

El pecado trae la penitencia

Llevarse la penitencia en el desdén

Tener cada uno su alma en su almarío

Estar la gata de parto

Trasquilar la marrana

No haber tales carneros

B) REFRANES

1. REFRANES CONOCIDOS COMPLETOS

A cada bestia le llega su San Martín

A cada paje su ropaje

Agua pasada (que) no mueve molino

Muerto el perro, se acabó la rabia

Al enemigo que huye, puente de plata

Dios castiga sin palo ni piedra

El buen paño en el arca se vende

El llanto sobre el difunto

Entre santa y santo pared de cal y canto

Gato escaldado del agua fría huye

Hoy por ti y mañana por mí

La cabra tira al monte

Las grandes verdades las saben los niños y los locos

Las grandes verdades las dicen los niños y los locos

No hay mal que cien años dure

Nunca falta un roto para un descosido

Para todo hay remedio menos para la muerte

(SENTENCIAS COMO REFRANES)

Año nuevo, vida nueva

A su tiempo maduran las uvas

Cuando una vela se acaba, debe encenderse otra

Mientras más amigos, más claros

2. REFRANES INCOMPLETOS

Al buen entendedor... [pocas palabras]

Cría cuervos... [y te sacarán los ojos]

El que no se consuela... [es porque no quiere]

Mal de muchos... [consuelo de tontos]

3. REFRANES ALUDIDOS

[Arrieros somos y en el camino nos encontraremos]

Arrieritos los dos, nos hemos encontrado en este caminito

[Cuando el río suena, agua lleva]

Cuando el río suena, boda lleva

[Donde menos se piensa, salta la liebre]

Donde menos lo piensa, salta un Judas

En donde menos se piensa salta un ingrato

[El genio nace, el sabio se hace]

El pillito nace, el orador se hace

[Quien con niños se acuesta, lo demás me lo como]

Meterse con curas es lo mismo que acostarse con niños

[Quien hurta al ladrón ha cien años de perdón]

Tiene cien años de perdón

El que te robe a ti se va al cielo derecho

[El que rompe, paga y se lleva los vidrios a casa]

El que había roto los vidrios, era el que los tenía que pagar

[En boca cerrada no entran moscas]

Las bocas más elocuentes, aquellas en que no puede entrar ni una mosca

[Entre col y col, lechuga]

Entre col y col le soltaba ciertas frescas

[La mujer en casa, y la pierna quebrada]

Gracias a Dios que está usted con la pierna quebrada

[No quita lo cortés a lo valiente]

Lo progresista no quitaba lo autoritario

Lo enfermo no quita lo decoroso

Lo uno no quita lo otro

Lo protestante no quita lo decente

Lo elegante no le quitaba lo ordinario

No quita lo bebedor a lo cristiano

Lo enamorado no quita lo religioso

[Los duelos con pan son menos]

Las hambres con amor son menos

[Nadie puede decir, de esta agua no beberé]

Quién me había de decir que yo bebería de esta agua

[No es tan fiero el león como le pintan]

Por ver si era el león tan fiero como le pintaban

[Para muestra, basta un botón]

Que no basta para muestra un botón

[Por el hilo se saca el ovillo]

Como yo coja el cabo del hilo, hemos de llegar a la otra punta

He de coger el cabo del hilo, y verás... iré tirando, tirando, hasta dar con lo que queremos saber

C) ALUSIONES LITERARIAS

1. CERVANTISMO

¿Quién es el quijote que se mete a deshacer un entuerto como este?

Que todo el mundo confiese, que no hay hermosura como la de doña Leré del Toboso

Mozas del partido

¡Oh dichosa edad de la despreocupación y del «qué se me da a mí»!

Tarea tan difícil como hinchar un perro

¡Duelos..., duelitos a mí!

Algo y aun algos

Olía, y no a ámbar

Peor es meneallo

Las dificultades que había de tener en el gobierno de su ínsula

Si buenos azotes le cuesta ahora, buenas ínsulas se habrá calzado

Aquella tercera salida de la aventurera al campo de su loca ilusión

La razón de la sinrazón

En la comida había menos carnero que vaca y los domingos se añadía al cocido un despojito de gallina

Me la claven en la frente

2. OTRAS ALUSIONES LITERARIAS

Mira tú por dónde lo que algunos podrán tener por malo es bueno en medida razonable

La vida se me corre fuera, como el río que va a la mar

¿Es esto la edad de oro, la «felice» Arcadia?

Rústicamente viviremos en la mejor de las Arcadias

Así como las ovejas se olvidaban de pacer para escuchar los cantos de los Salicios y Nemerosos

¡Oh dulces prendas de su alma!

Corriendo parejas con el viento, se desbocaba

Luego no fue sueño

¡Vive Dios que pudo ser!

Si tan largo me lo fías

De la escuela del licenciado Cabra

Ya no tiene uno con quién ni con qué pecar

Volverle a uno la juventud a cambio de una firmita en pergamino donde constaba la venta del alma

Para que un grajo se adorne con mis plumas

No servir a más señores que se le pudieran morir

Servía de Celestina

Celestina menuda

Don Juan

Doña Desdémona

(Beatrice, Francesca, la Paca de Rímíni, Crispa, seña Restituta)

En todas partes dejó memoria triste

En palacios y cabañas se coló, y no respetó nada, ni la virtud, ni la paz doméstica, ni la santísima religión

Para ti la jaca torda, la que, cual dices tú, los campos borda

(Don Lope de Sosa, Don Lepe)

Direte, Inés, la cosa

La extensión cerúlea

El siempre admirable botiquín

Torquemada en la hoguera

Apenas segadas en flor, volvían a retoñar con nueva lozanía

Cometa errante que como por los espacios sin dirección fija

Me fascinas, me anonadas

Después de tantos trabajos y fatigas, recibíolos el rey en su corte, los colgó de favores y obsequios, y todos fueron tan felices

Te amo con delirio

Lo sé todo

Ahora lo comprendo todo

Ya llevó el instante fiero... Silvia, de la despedida

3. ALUSIONES BÍBLICAS

A) Alusiones a situaciones o episodios:

El centurión de gran fe (Mateo, 8:6-8)

Necesidad de la abnegación (Mateo, 16:24)

Instrucciones para el apostolado (Lucas: 9:5)

Proceso de Cristo (Lucas, 23:1-16)

La bebida rechazada (Mateo, 27:54)

El maná (Éxodo, 16)

Provecho de la creación (Génesis, 1)

B) Alusiones a expresiones:

Tú lo has dicho

En verdad os digo

El que tenga ojos, que vea

Bienaventurados los brutos, porque de ellos es el reino... de la Administración

Bienaventurados los brutos... porque de ellos es la nómina de los cielos

Bienaventurados los que van al patíbulo, porque ellos en su suplicio se arrepienten, y arrepintiéndose, se salvan

Acuérdate de mí cuando estés en el paraíso

Dar a Dios lo que es de Dios y al César, etcétera

O estás conmigo o estás contra mí

Hay que perdonarla, porque no sabe lo que se hace

¿Quién le tiraría la primera piedra!

Perdónala, porque no sabe lo que se dice

Esclavitud de esclavitudes y todo esclavitud

¡Oh puerta del paraíso!

Vade retro

4. ALUSIONES A LA ORATORIA SOLEMNE Y A OTRAS FUENTES

Y aquí paz y después gloria

Paz y concordia entre los príncipes cristianos

Gracias, amado pueblo

Hay momentos en la vida de los pueblos

Los reinos de Neptuno

Una cómoda jubilada con los cuatro quintos de su cajonería

(Un reloj que) nunca había dicho esta campana es mía

IV. LA COMPARACIÓN

FÓRMULAS COMPLETAS

Comparativo de igualdad:

tan... que

tan... como

tanto... como

Comparativo de superioridad:

más... que

FÓRMULAS ABREVIADAS

Adjetivo + como + término iluminante

Como + término iluminante

Como + oración

Como si

Como quien, como el que

SUPERLATIVO ABSOLUTO

Reguapa, repreciosa, refeos

Requetefinos

Superferolíticos

Del tamaño de hoy y mañana

Hecho y derecho

No había otro como él

Ninguno como él

¡Es mucho chino este!

Un horror de guapa

IDENTIFICACIONES

A) Identificaciones de personas con otras personas:

El sabio: Salomón

El malhechor: Iscariote

La esposa honrada: la casta Susana

El astuto: el mismo demonio

El usurero: judío

La consorte discreta e influyente: Aspasia

El crítico literario: Aristarco

B) Identificaciones de personas con animales:

El joven: pollo

La incauta: paloma

Los enamorados: tórtolos

El bebé: canario de alcoba

El hablador: papagayo

El influyente: pájaro gordo, pez gordo

La persona de cuidado: buena pieza

El explotador: vampiro

El pretendiente: moscón, oso, alma en pena

El fiero: lobo, leoncillo

El manso: cordero, oveja

El alocado: cabra

La persona hacendosa: hormiga

El falso: perro

La mujer astuta: gata

El madrileño: «gato»

El taimado: lagarto

El dañino: víbora, culebra

El hipócrita: serpentón

El airado: áspid

El modelo excelente: ave fénix

La mujer ordinaria: tiburona

El tímido osado: mosquita muerta

El de aspecto feroz: oso

C) Identificaciones de personas con seres inanimados:

El viejo: momia, mojama, Ramsés II

La joven inocente: flor

El activo: pólvora, cohete

El indolente: marmolillo, plasta

El derrochador: mano rota

El inteligente: faro luminoso

El infalible: oráculo

El desequilibrado: cabeza de campanario

El ignorante: pozo de ignorancia

El que vale: joya, diamante en bruto, oro

El que no vale: alhaja, alhajita, trapo viejo

El inconstante: veleta

La mujer que sucumbe: Metz, Belfort

El discreto: sepulcro

El hipócrita: sepulcro blanqueado

Los unidos por el afecto: uña y carne

D) Identificaciones de personas con plantas:

El dócil: malva

El honrado: trigo limpio

E) Identificaciones de cosas:

Las contrariedades: chubasco, tempestad, diluvio, balsa de aceite... hirviendo.

Lo inesperado: jicarazo, pistoletazo, bomba, pedrada

Lo enojoso: mochuelo

Lo desordenado: buñuelo, pisto manchego, gaita.

Lo ilegal: sapos y culebras, fandango (irón.).

Lo inconsistente: humo, música, papas, pajaritas

Las ideas descabelladas: palomas.

Las preocupaciones repentinas: picada de mosquito.

Lo verdadero: el Evangelio, el Santísimo Evangelio, el puro Evangelio.

Lo muy claro: un libro.

Lo difícil: un arco de iglesia, un grano de anís (irón.).

Lo muy limpio: una tacita de plata.

Lo excelente: canela, canela fina, oro molido, turrón.

Las expresiones amables: flores.

Las expresiones soeces: rugidos de fiera.

La paga del mes: el santo advenimiento, San Garbanzo bendito.

Acontecimientos felices: misterios gozosos.

Las oraciones: pararrayos.

Las aglomeraciones: gran colmena.

Las ideas vulgares: baratijas.

Las ideas geniales: joyas de inestimable precio.

La murmuración: festín de sabrosos bocados.

El amor repentino y arrebatado: árbol milagroso que surge de la tierra cargado de fruto.

El amor fingido: planta raquítica.

La humanidad: el gran árbol.

La vida estéril: la hoja completamente seca.

La vida naciente: pimpollos frescos y nuevos.

El autoritarismo inteligente: despotismo ilustrado.

Las calaveradas de un estudiante de medicina: las calaveras.

EXPRESIONES COLOQUIALES QUE SUSTITUYEN A ADJETIVOS O ADVERBIOS EN GRADO SUPERLATIVO

LO EXTRAORDINARIO

Que da la hora
Que da el «quién vive»
Que ahúma
Que no rompe un plato
Que (no) habrá inventado la pólvora
Lo que me quedaba que ver
Ya no me queda nada que ver
Lo que había que ver
No ser para contado
Que tiembla el misterio
Que Dios tiritita
Que Dios tiritita, y tiritita toda la Santísima Trinidad
Capaces de tirar de espaldas
El plantón hache
El hachazo del siglo
El acabose

QUALIDADES SUPERLATIVAS

Muy parecido: clavado, ser el vivo retrato

Muy complacido: ponerse a tocar las castañuelas, caérsele la baba

Muy fatigado: con medio palmo de lengua fuera, echando los bofes

Muy angustiado: estar con el alma en un hilo, estar montado a pelo, estar con el agua al cuello, estar con un nudo muy fuerte en la garganta, podersele ahorcar con un cabello, podersele ahogar con un cabello.

Muy gozoso: no caber en el chaleco, reventando de gozo y orgullo.

Muy aterrorizado: no caber en el pellejo

Muy indiscreto: estirar el pie más del largo de la sábana

Muy asombrado: viendo visiones

Muy deseoso: con los dientes de este tamaño

Muy indigno: no valer para descalzar el zapato, no tener el diablo por dónde desechar, no haber por dónde coger para echar a la basura

Muy afortunado: nacer de pie

Muy pedigüeño: hacerle la boca un fraile

Muy calmoso: pedir licencia a un pie para mover el otro

En situación muy ridícula: pegado a la pared

Muy interesante: cosa de alquilar balcones

Muy amable: partiendo un piñón

Muy limpio: poderse comer en el suelo sin necesidad de manteles

Escaleras muy peligrosas: había que subirlas con el credo en la boca

Un hombre rico: de los que atan perros con longaniza

Una mujer muy lista: que no tiene pelo de tonta

Un parentesco muy lejano: de los que no coge un galgo

La destrucción total: ni los rabos, no quedar más que los rabos

COMPARACIONES REFORZADAS

Bravo Murillo era un niño de teta

V. OTROS RECURSOS LINGÜÍSTICOS DE NATURALEZA COLOQUIAL

A) IRONÍAS

Uso de los adjetivos

bueno, bonito, dichoso, divertido y santo

Uso del diminutivo:

Flojita tarea

Facilillo

Estar aviado

Estar fresco

Estar lucido

Para mí estaba (para ti, para él, etc.)

Aquí te quiero ver

Buen cariño nos dé Dios

Buen cumplimiento nos dé Dios

Buen entusiasmo nos dé Dios

Buena Providencia nos dé Dios

Ir (venir) a buena parte

A buena parte

No le arriendo la ganancia

No pide usted poco

La mamá Naturaleza

¡Toma anises!

B) EUFEMISMOS (denotativos y no denotativos)

La locurilla

Con los huesos muy duros y con muchas Navidades encima

Ciertas pendientes

Un resbalón

Entretener

Andar algo distraído

Las distracciones

Timarse

Tener que ver

«Hablar»

«Estar»

Estar liado

Zarandearse

Amigo

Amigote

Aquel respetable tronco

Moler

Mujer maleada

Mujer de mala vida

Mujeres perdidas

Esposas ligeras de cascos

Trastada

Mujeres sueltas

«Soltarse»

Las cantonales

Pindonga

«Púa»

«Grandísimas púas»

¡Peines y peinetas!

Tías pasteleras

Demonches

Muy tal y cual

El muy tal y cual

Salva la parte

Lo que fuera, lo que fuese

«Andar»

C) ENUMERACIONES Y REPETICIONES

Este, otro, aquel

Este, y el otro, y el de más allá

De aquí y de allá

Más allá, por aquí, más allí, poco más allá

Cuatro gatos

Cuatro días

Cuatro palabritas

Más de cuatro

De mil demonios

De mil diablos

Mil preguntas

Mil papas

Mil veces

De doscientos mil diablos

Miles de millones

Mil y mil cuatrillones de gracias

(Repeticiones)

Peor que peor

Muele que te muele

Aguanta que aguanta

Cose que te cose

«Espotrica» que te «espotricarás»

Dale que le darás

Reconocimiento

Deseo expresar mi gratitud a la Universidad de Alicante y al Departamento de Publicaciones por el trabajo dedicado a la publicación de mis estudios galdosianos, el segundo de los cuales aparece al público por primera vez, con un considerable retraso con respecto al primero.

Agradezco muy especialmente al doctor don Balbino Mancheño el interés demostrado por ver publicada mi obra completa en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. También expreso mi gran aprecio al profesor don José V. Beviá por sus acertadas sugerencias, y a la catedrática del Departamento de Filología Española y Lingüística General doña Dolores Azorín por la atenta lectura del texto y su amable aceptación de escribir el prólogo.

A Antonia, Margarita, María, Teresa, Manuel y Antonio.

Introducción

La finalidad de estas *Nuevas aportaciones al estudio del lenguaje coloquial galdosiano* es mostrar el medio de que se sirvió Galdós para devolver al lenguaje literario el aliento vital de la palabra hablada. Es, por lo tanto, el mismo objetivo del primer trabajo, *Aportaciones al estudio del lenguaje coloquial galdosiano*, publicado por Ínsula en 1974 y galardonado por la Real Academia Española con el Premio Rivadeneira.

La semejanza del título de los dos volúmenes no debe inducir al lector a pensar que este que tiene en sus manos es una nueva presentación del mismo material lingüístico. No es así de ninguna manera. Las únicas ideas que se repiten las encontrará el lector en esta introducción y en la breve conclusión. Necesariamente tiene que ser así, puesto que en los dos trabajos analizamos el lenguaje coloquial y en ambos llegamos a la misma meta. Pero las expresiones coloquiales que presentamos en estas páginas del segundo volumen son totalmente diferentes e independientes del material estudiado anteriormente. Es más, el autor cree que en este segundo estudio, más que en el primero, presenta los giros coloquiales con los que Galdós demostró en forma magistral que la lengua popular de su tiempo podía y debía ser convertida por el escritor en materia artística.

Galdós, apasionado lector de la literatura, ¿cómo no iba a lamentar que la moda literaria de sus días estuviera en contradicción con una de las características más arraigadas de las letras patrias? Claramente se dio cuenta de que la admiración por la oratoria grandilocuente producía como consecuencia un sentimiento de menosprecio hacia el estilo espontáneo, creando así un obstáculo para la lengua literaria, particularmente en el campo novelístico. Conocidas sus aficiones personales, nos es fácil imaginar el cariño y la delectación con que trasladaba a las páginas de sus libros el lenguaje coloquial que otros se encargaban de combatir.

De sobra conocidos son los testimonios de la afición de don Benito a observar al pueblo español y a prestar atentísimo oído a sus medios de expresión. Supo comprender y explotar como nadie en su época -y quizá como nadie en todas las épocas con la excepción de Cervantes- la mina que el habla coloquial ha sido en España para la lengua literaria¹.

¹Afirma Samuel Gili Gaya en su reseña sobre la Gramática española de Salvador Fernández: «Es bien sabido que el español no separa de un modo tajante la lengua literaria del habla usual, y que en nuestros autores de todas las épocas hay siempre una proporción elevada de habla corriente, popular y aun vulgar, que funde los planos sociales idiomáticos y permite al filólogo aprovechar la literatura como documento del habla efectiva, sin el riesgo que correría en otros países; por ejemplo, en Francia» (*Revista de Filología Española*, 35, [1951], p. 353). Dice Karl Vossler: «Toda la estructura idiomática y literaria de España en su siglo de oro se diferencia y descuella sobre la de Italia, Francia y Alemania por la solidez de sus fundamentos populares, cuyos cimientos se van alzando y elevando como unos pilares y sustentan el artificioso ornamento del tejado» («El idioma y los estilos», en *Literatura española del Siglo de Oro*, Méjico, 1941). En otra ocasión en que el eminente hispanista se refiere al tema del estilo popular en los textos literarios, dice que el lenguaje popular aparece «ininterrumpidamente en vigor tanto en el primero como en el segundo siglo de la época de oro haciendo acto de presencia hasta en las últimas cimas del culteranismo» (*Introducción a la literatura española del Siglo de Oro* [Buenos Aires, 1945], p. 20).

El ambiente coloquial que impregna la obra galdosiana viene dado por esa abundancia de palabras y expresiones, tomadas de la lengua familiar, que forman el cuerpo de nuestros estudios. Galdós, más que en modelos literarios, se inspira en la fuente directa del habla común. Pensaríamos que el novelista caminaba por los barrios del Madrid decimonónico con una grabadora en el bolsillo, suposición naturalmente imposible, y que se dedicaba a grabar las conversaciones espontáneas del pueblo y de la clase media en sus ambientes cotidianos, pues el lector recibe la impresión de estar escuchando las líneas que lee, tal es la naturalidad de su estilo. El acierto y la espontaneidad con que el novelista combina lo más gráfico y expresivo del lenguaje conversacional dentro de un texto literario da a su prosa ese aire único que la distingue del resto de los escritores de su tiempo.

Una gran parte de las expresiones presentadas en este estudio están registradas en el Diccionario de la Real Academia Española con las aclaraciones de «familiar», «figurado» o «frase figurada y familiar», pero como hay muchos casos en los que recogemos expresiones que no aparecen en el Diccionario con tales aclaraciones, o no están consignadas en absoluto, o lo están con un significado diferente al que Galdós les da, y a nuestro parecer constituyen ejemplos válidos del lenguaje coloquial, no nos hemos limitado al criterio de considerar lo que el Diccionario oficial llama «familiar» como norma selectiva del presente estudio, aunque sus artículos han sido una utilísima guía para toda clase de dudas y consultas. El criterio seguido para seleccionar los elementos a los que hemos atribuido el carácter de lenguaje coloquial ha sido el propio y personal del autor de este trabajo, guiado, eso sí, por una cuidadosa atención a los matices del lenguaje, pero independiente en última instancia y, desde luego, expuesto a posibles malas interpretaciones y sujeto a las limitaciones del tiempo, lugar y ambientes en que nos ha tocado vivir. La distancia que separa nuestra época de la de Galdós, sin embargo, no es tan grande, dada la lentitud del cambio lingüístico, como para que nuestro sentido de la lengua no pueda aplicarse al del periodo galdosiano y obtener resultados útiles, aunque los lectores serán los encargados de juzgarlo.

Una vez decidido el criterio a seguir para escoger los elementos integrantes del lenguaje coloquial se presenta el problema de distribuirlos y organizarlos metódicamente de acuerdo a su función sintáctica y psicológica. Puesto que la inmensa mayoría de las expresiones coloquiales recogidas son combinaciones pluriverbales, hemos optado por llamarlas «locuciones», dándole a este término el significado que le otorga Julio Casares en su *Introducción a la lexicografía moderna*².

En el Diccionario de la Academia se define «locución» como «conjunto de dos o más palabras que no forman oración perfecta o cabal». Siguiendo el criterio de Casares, no nos hemos atendido al enunciado de que «no forman oración perfecta o cabal», pues aunque muchas de ellas, efectivamente, no forman oración, otras sí tienen tal carácter (ejemplos: «ciertos son los toros», «tijeretas han de ser», etc.) y son auténticas locuciones.

Así pues, hemos convenido con Casares en llamar «locución» a la «combinación estable de dos o más términos, que funciona como elemento oracional y cuyo sentido unitario consabido no se justifica, sin más, como una suma del significado normal de los componentes» (*op. cit.*, p. 170). En esta definición, «consabido» quiere decir que el sentido de que se trata es familiar a la comunidad lingüística. Por lo tanto, los hablantes entienden que al decir que cierto lugar se halla «donde Cristo dio las tres voces», se está indicando que se trata de un lugar alejado y aislado, y que cuando a los argumentos presentados para

² Julio Casares, *Introducción a la lexicografía moderna* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1950), pp. 167-84.

justificar determinada situación se les compara a «las coplas de Caláinos», queremos decir que las razones mencionadas no convencen a nadie.

Puesto que en el estudio anterior se presentó y comentó un amplio catálogo de giros que fueron designados como locuciones nominales, adjetivales y verbales, en estas *Nuevas aportaciones* hemos dedicado el primer capítulo al análisis de las «Locuciones Adverbiales». Muchas de ellas son designadas en el Diccionario oficial como «modos adverbiales», puesto que hacen el oficio de auténticos adverbios de modo. Y aunque es cierto que muchas de estas fórmulas sustituyen a los adverbios de modo, también hemos encontrado locuciones adverbiales que se usan en lugar de las fórmulas normales de afirmación y negación, y otras que se emplean como adverbios de cantidad, de lugar y de tiempo.

Incluso para los incoloros pronombres indefinidos, el afán expresivo del hablante hispano ha encontrado ingeniosas fórmulas sustitucionales. Estas expresiones, acompañadas con una mirada de conjunto a la lista de juramentos, reniegos y votos con los que el pueblo da escape a sus sentimientos, nos ha dado la materia del segundo capítulo, al que hemos titulado «Locuciones pronominales y locuciones interjetivas».

En los capítulos siguientes nos hemos metido de lleno en el riquísimo y complejo campo de las locuciones y combinaciones léxicas no reducibles a las categorías gramaticales convencionales de sustantivos, adjetivos, verbos, adverbios e interjecciones. Aquí se entrecruzan las pintorescas zonas de la paremiología y la frase proverbial. El conjunto de estas expresiones, lo que los clásicos llamaban «frases», integra lo que un investigador designó como la fraseología o estilística castellana, pues fuera de ellas no se acierta a descubrir qué otra cosa pueda dar la nota típica y representativa del genio del idioma³. Al amplio uso que los escritores han hecho de ellas -y del que Galdós es cumbre en su época- se debe el tan destacado carácter popular de la lengua y de la literatura españolas, puesto que son los elementos integrantes del lenguaje coloquial. La abundancia y variedad de estas expresiones y, por consecuencia, la riqueza del lenguaje coloquial, es lo que distingue al español de su lengua madre y de sus hermanas las otras lenguas neolatinas. Estas expresiones, al caracterizar el idioma, reflejan el modo peculiar de ver, juzgar y sentir el mundo circundante.

En el capítulo tercero hemos distribuido el abundantísimo material lingüístico bajo los epígrafes de «Frases proverbiales, refranes y alusiones literarias».

El estudio de «La comparación» y de algunas de las innumerables identificaciones de carácter coloquial que tienen su origen en fórmulas comparativas ha suplido la materia del capítulo cuarto. Es en este terreno donde se muestra verdaderamente la riqueza y variedad del lenguaje coloquial español. Estos dos capítulos constituyen también una prueba evidente del influjo cervantino en el estilo galdosiano.

Es conveniente notar que la abundancia de estas fórmulas expresivas constituye la principal dificultad que los extranjeros encuentran para dominar el español. Con referencia a esta cuestión escribió Cejador: «Lo escabroso llega cuando quieren meterse un poco más

³ Véase Julio Cejador, su Introducción a la *Fraseología o estilística castellana* (Madrid, 1921), pp.7-27. Pereda, aunque hablando en sentido más limitado, pues se refiere a la lengua del pueblo y a sus modismos, expresa una opinión semejante y los llama «la savia, el jugo de la hermosa lengua castellana; de la lengua del *Quijote* y de todo el inapreciable tesoro de nuestra literatura clásica» (*Discursos académicos* [Madrid,1897], pp. 127-28).

adentro, en lo idiomático de nuestro romance, que es, en suma, la fraseología; cuando, por ejemplo, quieren leer a Galdós, henchido de frases familiares, y más cuando arremeten con el *Quijote* u otros libros del siglo de oro. Tan sólo el uso puede sacarles del atolladero» (*Op. cit.*, p. 24).

En el último capítulo, «Otros recursos lingüísticos de naturaleza coloquial», hemos rastreado la huella dejada en el lenguaje por el uso de la ironía, los eufemismos y las fórmulas enumerativas y repetitivas.

A fin de hacer ver el funcionamiento de cada expresión coloquial en una situación concreta, todas las locuciones y giros coloquiales han sido recogidos en el contexto en que Galdós los utiliza, y las citas van con una breve aclaración de las circunstancias en que acontecen. A lo largo de todo este estudio, el significado de cada expresión está claramente indicado mediante su equivalencia en lenguaje ordinario. Una mirada al índice general disipará cualquier duda. Creemos que de este modo queda puesta en relieve la mayor expresividad y concreción del estilo coloquial, frente al estilo normal basado principalmente en contenidos intelectuales. Las razones que mueven al escritor y a los hablantes a recurrir al lenguaje coloquial hay que buscarlas en conveniencias prácticas de comunicación lingüística más que en leyes científicas y normas gramaticales. Pretender formular una explicación exacta sobre materia tan proteica y sujeta a cambios como es el lenguaje coloquial, creo que sería aspirar a retener el fluido de la lengua en el cedazo de la precisión, y marcar los límites de una región sin fronteras. Creemos, sin embargo, que las citas galdosianas que presentamos en las páginas siguientes son claros ejemplos de lo que hemos entendido por el lenguaje coloquial de Galdós.

Dada la gran amplitud de la obra galdosiana, un estudio detallado del lenguaje coloquial como el que hemos realizado, que incluyera la totalidad de su producción, habría resultado en un trabajo de extensión muy superior al presente, sin que, por otra parte, se abrieran muchos más horizontes hacia el objetivo apuntado.

Considerando que la novela *Fortunata y Jacinta* representa la plenitud de las facultades creativas de Galdós, y que por llenar un número de páginas tan considerable ofrece un ámbito lingüístico al que tiene sentido considerar en bloque, decidimos hacer de esta novela el núcleo de nuestra investigación. Conscientes, sin embargo, de la limitación que supone el trabajar sobre una sola obra de tan vasta producción, hemos procurado compensarla utilizando locuciones y fórmulas tomadas de otras novelas pertenecientes a la misma época de genial fecundidad. Estas otras novelas son: *Ángel Guerra*, *La Desheredada*, *La de Bringas*, *Miau*, *Tristana* y *Torquemada en la Hoguera*. (Véase la Clave de Lectura a continuación de esta introducción).

De los numerosos juicios que *Fortunata y Jacinta* ha suscitado -La Quijota la llamaba un escritor hispanoamericano- fijémonos tan sólo en la muy autorizada opinión de Menéndez y Pelayo: «Pero hay entre estas novelas de Galdós una que para nada necesita del apoyo de las demás, sino que se levanta sobre todas ellas cual majestuosa encina entre árboles menores; y puede campear íntegra y sola, porque en ninguna ha resuelto con tan magistral pericia el arduo problema de convertir la vulgaridad de la vida en materia estética⁴.» Estas palabras adquieren nuevo significado referidas especialmente al lenguaje. El último enunciado, «convertir la vulgaridad de la vida en materia estética», sintetiza

⁴ Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Sr. D. Benito Pérez Galdós el domingo 7 de febrero de 1897 (Madrid, 1897), p. 45.

maravillosamente lo que fue la misión desempeñada por Galdós en el terreno de la expresión literaria y lo que intentamos mostrar en nuestro trabajo: Galdós creía en la hermosura del lenguaje coloquial español y quiso darle la inmortalidad del arte.

Como cierre de la introducción a este trabajo, creo oportuno dar una explicación de por qué los dos estudios sobre el lenguaje coloquial galdosiano se publican con un lapso de tiempo entre ellos de más de treinta años. Debo decir que han sido años, para mí, de mucho dolor y grandes sufrimientos. Durante ellos me hallé privado del ejercicio de una carrera que yo amaba y a la que había dedicado los años más productivos de la vida del hombre. Me vi incapaz de sostener a mi familia, y esto me condujo a un estado de profunda depresión del que los doctores creyeron que no saldría. La amargura y el resentimiento estuvieron a punto de destruirme totalmente. Me fortalecía pensando en tantos que sufrieron intensamente por un ideal.

Hay un personaje en nuestra historia literaria que siempre ejerció sobre mí un gran atractivo. Fue un excelente maestro de una famosa universidad. Fray Luis de León desempeñó su cátedra en Salamanca, una de las universidades más prestigiosas de Europa. Yo tuve la oportunidad de enseñar en la misma aula donde él enseñó, y en aquellos meses pude evocar la grandeza moral de tan admirado maestro. Se cuenta de él una anécdota que, a mi modo de ver, nos muestra la grandeza de alma a la que el hombre puede llegar ayudado por la gracia de Dios.

Por envidias profesionales Fray Luis fue acusado ante la Inquisición y retenido durante cuatro años en una cárcel de Valladolid. Cuando se demostró su inocencia y hubo que reintegrarlo a su cátedra, una multitud acudió a su primera clase pensando que Fray Luis comenzaría dando una explicación del motivo de su ausencia y atacando duramente a los que, con calumnias, lo habían tenido preso varios años. Ante la sorpresa de todos, Fray Luis comenzó su conferencia con la acostumbrada fórmula de «Decíamos ayer», e inmediatamente entró en su materia docente sin hacer la menor alusión al atropello de que había sido víctima, ni atacar a los que habían cometido contra él tan gran injusticia. Jamás volvió a mencionar el pasado.

Yo quisiera que esta introducción fuera mi «Decíamos ayer», y pido a Dios que me dé la generosidad de perdonar todo lo pasado. Si un día, bajo el peso de mi tragedia, llegué a pensar que era imposible que un maestro competente y honrado pudiera mantenerse en un departamento de lenguas modernas de una universidad americana, departamentos a veces controlados por administradores sin sentido moral y por profesionales incompetentes o desequilibrados mentales que en todas partes ven sombras que amenazan sus enfermizas ansias de sobresalir, hoy, a años de distancia, no creo que esto sea la regla general.

No quiero decir ni pensar nada más sobre lo pasado para no hacer de mi «Decíamos ayer» lo contrario de lo que debe ser y de lo que deseo que sea. No me resta sino alabar al Señor por los nuevos rumbos que me ha marcado y darle gracias por lo que me ha permitido llevar a cabo.

CLAVE DE LECTURA

Las abreviaturas que aparecen en este estudio son:

AG: *Ángel Guerra*

Fyj: *Fortunata y Jacinta*

LD: *La Desheredada*

La de B: *La de Bringas*

M.: *Miau*

T: *Tristana*

TH: *Torquemada en la Hoguera*

Después de la abreviatura se da el número de la página.

Todas las citas galdosianas están tomadas de *Obras Completas* Aguilar, 1961.

DA: *Diccionario de la Lengua Española*, Decimoctava Edición. Real Academia Española, 1956.

Capítulo I

Locuciones adverbiales

Por locución adverbial se entiende una combinación estable de dos o más términos que aparece en el texto literario en lugar de un adverbio, y cuyo sentido unitario consabido no es necesariamente el significado normal de sus componentes. Ejemplo: por despedir a alguien *a cajas destempladas* entendemos que se le despidió desconsideradamente, de malos modos, con brusquedad, sin disimular el disgusto que su presencia produce, y no que el tal individuo fuera rechazado mientras repicaban los tambores, aunque un hecho así haya sido el origen de la locución, como se verá al explicarla.

El Diccionario de la Academia aplica a estas fórmulas la denominación de «modo adverbial» y consigna la siguiente explicación: «Cada una de ciertas locuciones o inalterables maneras de decir que tienen significación y hacen oficio de adverbios; como «a sabiendas, con todo, en efecto, entre dos luces, por último, sin embargo, sobre seguro⁵.»

He preferido la denominación de «locución adverbial» a la de «modo adverbial», no solo para continuar el sistema que adopté en mis *Aportaciones al estudio del lenguaje coloquial galdosiano*⁶, sino también por creer que, como ha observado Julio Casares en su *Introducción a la lexicografía moderna*, lo de «modo adverbial» es adecuado cuando la

⁵ Todas las citas del *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia Española están tomadas de la decimoctava edición (Madrid, 1956). En adelante se indicarán mediante la abreviatura DA.

⁶ Manuel C. Lassaletta, *Aportaciones al estudio del lenguaje coloquial galdosiano* (Madrid: Ínsula, 1974).

locución equivale a un adverbio de modo, pero puede inducir a confusión cuando el sentido corresponde a un adverbio de tiempo, de lugar o de cantidad⁷.

Efectivamente, estas locuciones pueden dividirse en tantas clases como las que distinguimos en los adverbios y, al igual que los adverbios, su función sintáctica es la de modificar la acción del verbo o servir de complemento a un adjetivo o a un adverbio.

Las locuciones adverbiales usadas por Galdós se presentan distribuidas en cinco grupos: locuciones adverbiales de afirmación y negación, de cantidad, de lugar, de tiempo, y de modo, resultando este quinto grupo, como era de esperar, el más numeroso.

Al buscar una explicación para la abundancia y variedad de estos giros expresivos hallamos que son válidas las razones aducidas al justificar la riqueza de las locuciones verbales (Véase mis *Aportaciones...*, pp. 81-82), es decir, por una parte la tendencia racial a buscar asociaciones imaginativas de gran viveza por lo pintoresco y concreto de la representación mental y, por otro lado, la necesidad idiomática de suplir ciertos recursos estilísticos no heredados por las lenguas neolatinas. Si entonces vimos que la razón lingüística más importante que explicaba la necesidad de tantas locuciones verbales era el que los idiomas románicos no habían heredado las posibilidades que ofrecían los aspectos del verbo indoeuropeo, ahora, como dice Casares, encontramos una justificación muy semejante para favorecer la multiplicidad de las locuciones adverbiales.

«Otra herencia perdida -y esta es la que ahora nos interesa- fue la de los ablativos adverbiales latinos. Su falta, mucho más sensible que la de los aspectos, no podía remediarse cumplidamente ni aun echando mano de todos los adverbios disponibles, puesto que las necesidades del lenguaje para expresar las modificaciones de índole adverbial son poco menos que infinitas. Basta considerar que así como la substancia y la cualidad encarnan, respectivamente, en el nombre y el adjetivo, así el fenómeno tiene su más adecuada expresión en el verbo; y como el fenómeno, producido, percibido o soportado por el hablante es lo que más íntimamente le afecta, es natural que su instinto de expresividad le haga sentir el anhelo de graduar y matizar la acción del verbo en relación con el sujeto, con el objeto y con la operación misma.» (*Introducción...*, p. 220.)

Para precisar los diferentes matices que se pueden destacar en la acción verbal consideremos las siguientes posibilidades en las que utilizamos locuciones que se estudiarán en las páginas siguientes: Si el novelista dice que un personaje contó la historia de sus andanzas *a la calladita*, o *a son de cencerros*, o *contra viento y marea*, o *con el corazón en la mano*, está enfatizando aspectos subjetivos de la acción: la actitud del narrador al explicar sus aventuras. Si el escritor aclara que el personaje hizo su narración *por sus pasos contados o largo y tendido*, se atiende al resultado: fue una exposición ordenada y detallada de los hechos, que hubiera sido desordenada si se dijera *por zancas y barrancas*. Y si el autor explica que su personaje contó la historia *de un tirón*, nos está dando una nota aspectual de la narración: que esta se hizo ininterrumpidamente. Nos damos cuenta de que para esta triple

⁷ Julio Casares, *Introducción a la lexicografía moderna* (Madrid, C.S.I.C., 1950), p. 171. Como expliqué en la Introducción a mis *Aportaciones...*, en la clasificación de las locuciones de carácter coloquial de Galdós, he adoptado el sistema de Julio Casares.

especificación, aun tratándose de verbos de uso corriente, necesitaríamos una muchedumbre de adverbios. Según Casares «esta necesidad contrasta con la escasez verdaderamente lamentable que padecemos». (Ibid.).

La insuficiencia de adverbios unida a la expresividad de muchas de las fórmulas usadas por Galdós, explica los principales valores estilísticos de las locuciones adverbiales.

A) LOCUCIONES ADVERBIALES DE AFIRMACIÓN Y NEGACIÓN

Contrastando con la variedad de las locuciones de significado negativo, solamente encontramos una fórmula coloquial de sentido afirmativo, que además está algo caída en desuso. Me refiero a la locución *ciertos son los toros*, consignada en el DA con la explicación de «expresión figurada y familiar con que se afirma la certeza de una cosa, por lo regular desagradable, que se temía o se había anunciado». Efectivamente, cuando Aurora imagina que su sospecha de unos amores entre Jacinta y Moreno tiene fundamento, comentas «- Ya no me queda duda. Ciertos son los toros» (FyJ, 443)⁸.

En otro lugar (Véase mis *Aportaciones...*, p. 220) expliqué el probable origen que Clemencín atribuye a esta fórmula, y la consideré una locución verbal debido a que Galdós también se sirve de ella como tal, es decir, que somete el verbo «ser» a las variaciones de la conjugación. Sucede esto al anunciar el clérigo Rubín que ya ha logrado la ansiada canonjía: «- Cuando el jefe de personal de catedrales me dijo que *eran ciertos los toros*, creí que me daba un desmayo» (FyJ, 388). Este uso como locución verbal sirve para mostrar la libertad del novelista en el manejo de las expresiones coloquiales, pero *ciertos son los toros* es locución usada casi siempre en función adverbial, como fórmula afirmativa enfática, lo que justifica la repetición de la fórmula en este segundo estudio. Recordemos cómo reacciona don Lope al ver que los hechos confirman la transformación que él teme ha tenido lugar en el ánimo de Tristana: «Don Lope, al verla salir en tan decidida y arrogante actitud, se llevó las manos a la cabeza y se dijo: "No me teme ya. Ciertos son los toros"» (T, 1568).

Las locuciones negativas, como ya hemos indicado, son usadas por Galdós con más frecuencia, coincidiendo en ello con una característica de la lengua coloquial española, pues el castellano dispone para la negación de muchos más recursos que para la afirmación. El hecho es lógico si consideramos que la negación, por lo que tiene de rechazo, permite un mayor despliegue de las fuerzas afectivas que la afirmación, limitada en muchas ocasiones a un simple asentimiento. Téngase en cuenta también el importante papel que lo concreto juega en las locuciones coloquiales y que cuando se trata de precisar lo que queremos y lo que no queremos, siempre hallamos que lo segundo nos resulta más fácil. Consecuentemente, todo el mundo encuentra más sencillo negar que afirmar, lo que explica la mayor variedad de las locuciones de sentido negativo. Beinhauer ha visto muy agudamente estos datos y deduce que la variedad de estas locuciones son un reflejo de la personalidad conservadora del pueblo español:

«El especial apasionamiento que pone el español en sus negaciones revela bien su carácter eminentemente conservador, que le hace rechazar todo lo extraño con mucha más energía que los otros

⁸ Véase la Clave de Lectura.

Europeos. En este punto el modo de ser español es diametralmente opuesto al alemán: mientras a este le atrae lo desconocido, lejano, exótico, el hombre de España se muestra más bien receloso y desconfiado hacia todo lo que no corresponde a su idiosincrasia⁹.»

Muchas de las formas afectivas de negación son introducidas por «ni». Galdós recurre a las siguientes:

Ni Cristo que lo fundó. Maxi reflexiona en estos términos acerca de la verdad literal de los textos bíblicos: «Pentecostés, figuración alegórica nada más, porque no hubo ni podía haber tales lenguas de fuego ni Cristo que lo fundó» (FyJ, 233). Esta locución, aunque de indudable origen religioso, no está limitada en su uso a temas bíblicos, como pudiera parecer de la cita mencionada, sino que es frecuente en el habla coloquial y conlleva ciertas connotaciones de vulgaridad. Sirva de prueba el empleo que de ella hace Galdós alabando la favorable impresión que causa el modo como doña Bárbara arregla sus cabellos blancos: «Parecía pelo empolvado a estilo Pompadour, y como lo tenía tan rizado y tan bien partido sobre la frente, muchos sostenían que ni allí había canas *ni Cristo que lo fundó*» (FyJ, 26).

Un patrón lingüístico parecido se observa en la locución *ni qué niño muerto*, usada para enfatizar la fuerza con que rechazamos una explicación que no satisface. Cuando el celoso Maxi se resiste a creer que las huellas que aparecen en el felpudo de la puerta son las del aguador, insiste con furia: «-Dicen que el aguador... ¡Qué aguador ni qué niño muerto!» (FyJ, 418). Villalonga, contrariado por la noticia de que hay tropa en la calle, la niega decididamente: «-¡Qué tropa ni qué niño muerto!» (FyJ, 154). Nótese que siempre que se usa esta locución se hace formando una exclamación bimembre integrada por la palabra a la que va dirigida la negativa y por el *ni qué niño muerto*. Beinhauer, al estudiar fórmulas enfáticas de negación semejantes a ésta lanza la hipótesis de que procederán del teatro popular y estarían ligadas a determinadas situaciones, y luego, al adquirir vida propia, corren de boca en boca como frases hechas (*El español...*, p. 180). Otra variedad muy frecuente es el *ni qué ocho cuartos* que hallamos en boca de Bringas para rechazar el pretexto que su mujer trae como justificación de la ansiada excursión veraniega: (Rosalía): «-Pero en fin, ¿qué contestas a Agustín? Yo te diré que, por mi parte, aunque me repugna vivir con esa gente... ya ves, por los niños...» (Bringas): «-¡Qué niños *ni qué ocho cuartos!* Están muy buenos...» (La de B. 1648-49).

Ni atado, Ni a recoger monedas de cinco duros. La fuerza expresiva de estas locuciones consiste en la suposición de que aun en el caso de que se nos fuerce con medidas violentas, o se pretenda vencer la resistencia con el atractivo de algo sumamente deseable, ni aun así abandonamos la rotunda negativa. Cuando Pantoja explica a Villaamil la obstinación de Cadalso en no aceptar un destino fuera de Madrid, le dice: «-El jefe le enseñó las vacantes de provincias, y tu yernito se dejó decir con arrogancia que a provincias no iba *ni atado*» (M, 615). Fortunata, luchando con la repugnancia que le inspira el matrimonio con Rubín, piensa la víspera de su boda: «No me llevan a la iglesia *ni atada*» (FyJ, 267), y para resaltar su oposición a trasladarse a un pueblo apartado, Galdós recurre a una locución más dramática: «*Solo descuartizada* iría ella a vivir al campo» (FyJ, 283).

La variación más recurrida de estas fórmulas enfáticas de negación es probablemente el tan oído *ni muerto*. Luisito Cadalso parafrasea esta locución cuando, lleno de miedo

⁹ Werner Beinhauer, *El español coloquial* (Madrid Gredos, 1963), p. 172.

infantil, le explica a su abuelo su negativa a entrar en una capilla donde se venera una imagen de Cristo de cabellos muy largos: «-No entro allí *aunque me maten*» (M, 641).

Villaamil, al condenar enérgicamente la reprobable conducta de su yerno, recurre a una actitud contraria a la presupuesta en estas locuciones: la de que tampoco la fuerza de los halagos le hará cambiar de opinión. «Reiteró su bárbaro, implacable y sangriento anatema contra Víctor, añadiendo que con él no iba *ni a recoger monedas de cinco duros*» (M, 621).

Ni ese es el camino. El DA recoge la frase figurada «no llevar camino una cosa» y la explica como «no ser acertado el discurso o el parecer que oímos». Los personajes galdosianos emplean la locución que ahora estudiamos para negar enfáticamente lo que sus oponentes presentan como verdadero. En esta locución observamos dos notas implícitas: la acusación de falsedad y la energía en refutar al contrincante. Cuando doña Lupe reprende a Maxi porque este intenta casarse con una mujer de mala vida, el joven defiende sus derechos: «-A usted la han informado mal... respecto a la persona... que... Ni hay tal vida airada *ni ese es el camino*» (FyJ, 194). Doña Casta, al descubrir las falsas excusas de su hija Aurora cuando pretexta que tiene que acudir al trabajo, la reprende en estos términos: «-Toda la tarde en el obrador, y luego viene Pepe y me dice que ni has parecido por allí *ni ese es el camino*» (FyJ, 497), y Guillermina se burla de las fanfarronerías de Izquierdo echando mano del mismo giro: «-Además de bruto, es usted un ambustero, porque ni ha estado en Cartagena, *ni ese es el camino*, y todo lo que cuenta de las revoluciones es gana de hablar» (FyJ, 122). Veremos más adelante que Galdós utiliza esta locución como muletilla característica de alguno de sus personajes.

Quita allá. Quite usted allá. El DA recoge las formas del verbo quitar «quita» y «quite» como «expresión familiar que se emplea para rechazar a una persona o reprobar por falso, desatinado o ilícito lo que dice o propone». Beinhauer observa que a menudo la expresión viene reforzada con un «¡por Dios!» o un «allá» pospuesto y añade que «es el mismo "¡quita!" que se emplea, por ejemplo, para ahuyentar a un perro» (*El español...*, p. 173). Oímos esta locución de boca de las «filomenas» cuando acogen con incrédulos comentarios la noticia de que la Virgen se apareció a Mauricia: «-Mauricia..., ¿no sabéis? Vio anoche la propia figura de la Virgen. Mujer, *quita allá*» (FyJ, 256).

Cuando Fortunata se acusa de haber hecho muchas perrerías, Feijoo emplea esta locución para disminuir la importancia de las faltas: «-¡Quite usted allá...! No habrá sido tanto» (FyJ, 327).

Con la adaptabilidad propia del lenguaje coloquial, la locución, según la ocasión y el tono del hablante, puede usarse como fórmula de cortesía para rechazar amablemente una oferta. Tal es el caso cuando el cura Rubín, que visita a Fortunata por primera vez, se niega a aceptar los ofrecimientos de la joven para calmar el insaciable apetito del clérigo: «-*Quite usted allá*, criatura...» «-Si quiere usted, traeré... No tengo en casa; pero bajaré a la tienda... - *Quite usted allá...*; no me lo diga ni en broma» (FyJ, 218).

Desde el punto de vista formal hay que observar que en ocasiones se usa la forma reflexiva del verbo: «-Y si vuelve esta tarde, ¿qué le digo? -*Quítese usted de allá*» (FyJ, 442) contesta Fortunata, dando a entender que no ha creído la noticia de que el amante le ronda la calle. El adverbio «allá» puede ser sustituido por «de ahí»: «-*Quítese usted de ahí...* Yo no me meto en esas intrigas. ¡Pobre muchacho!» (FyJ, 441), responde Fortunata al negarse a participar en la pesada broma que quiere gastar Ballester a Ponce. Mencionemos dos

ejemplos con el familiar «te» enclítico. Primero la enfática forma con la que doña Lupe responde negativamente a la ingenua pregunta de Maxi: «-¿Está desmejorada? (Doña Lupe): -¿Desmejorada? *Quítate de ahí*. Lo que está es guapísima» (FyJ, 360). Y el modo que Fortunata usa para hacer ver a Aurora lo errado de su suposición: «-*Quítate de ahí*, mujer - saltó Fortunata muy nerviosa-. Si esto se acaba" (FyJ, 466).

Quia. Incluyo esta partícula entre las locuciones adverbiales porque cumple con una función estilística muy semejante a la de las locuciones que estudiamos. El DA la considera «interjección familiar con que se denota incredulidad o negación». Sobre su origen, Schuchardt la considera como una articulación afectivamente modificada de «¡ca!» y, más recientemente, Corominas la explica como una contracción de «¡qué ha!» que con frecuencia encontramos en la manera de rechazar con enfado lo dicho por el interlocutor. (Citados por Beinhauer en *El español...*, pp. 71-72 y 172-73). La explicación de Corominas es válida cuando el sujeto de la oración negativa es una tercera persona del singular (Fortunata) «-Pero ¿es verdad?... ¡*Quia!*, guasas de usted» (FyJ, 502). Este *quia* sería un elíptico de *¡qué ha de ser verdad!* Santa Cruz: «-Deseé, puedes creerlo, que la " Pitusa" fuera mala para darle una puntera... Pero, *¡quia!*... *ni por esas*. ¿Mala ella?» (FyJ, 61). *Quia* podría resultar de la contracción de *¡qué ha de ser (mala)!*, aunque gramaticalmente la forma sobreentendida debería ser *¡qué había de ser (mala)!* Esta explicación parece menos satisfactoria cuando la frase negativa sobrentendida tiene un sujeto distinto de la tercera persona, pero bien pudiera haber sucedido que el *quia* una vez originado, hubiera extendido su uso a toda clase de oraciones¹⁰. Fortunata niega la posibilidad de que ella se separe de su hijito: «-¡*Quia!*... No, señora... Yo no lo suelto» (FyJ, 521), y en otra ocasión disuade así a Guillermina de sus dudas: (Guillermina) «-Que la espero a usted. Que no me dé un plantón. (Fortunata): - ¡*Quia!*... no faltaba más» (FyJ, 399-400). También Guillermina recurre a esta partícula para negar que el descaro de ciertas mujeres la hubiera desanimado de sus benéficas intenciones: «-¿Qué creen ustedes que hice? ¿Acobardarme? ¡*Quia!* Me metí más adentro y les dije cuatro frescas» (FyJ, 78). En la realidad, este *quia* suele tener el tono chungón tan característico del habla popular madrileña y parece que Galdós, mediante el uso de los signos de exclamación ha querido llamar la atención sobre esta particularidad fonética.

¿Qué pareja ni pareja? De hecho la locución no viene dada por estas palabras, sino por el patrón lingüístico de repetir cualquier palabra significativa entre un *qué* interrogativo o exclamativo y la conjunción *ni*. *¡Qué difícil ni difícil!*, *¡Qué mañana ni mañana!* Se trata de una variedad más del giro ya visto *ni qué niño muerto*. El ímpetu emocional que obra tras estas fórmulas ha sido muy bien observado por Beinhauer. «El hablante no se limita sólo a rechazar la palabra que le molestaba, sino que, para poner además en ridículo al interlocutor, le añade otro elemento más, disparatado, de su propia invención. Sucede a veces que en su excitación no se le ocurre ninguna expresión nueva, y entonces su afectividad se desahoga en una insensata repetición mecánica de la palabra causa de su enfado.» (*El español...*, p. 179). El ejemplo aquí mencionado se lo escuchamos a Guillermina al rechazar la idea de las monjas de llamar a una pareja de guardias para sujetar a la exaltada Mauricia: «-*¡Qué pareja ni pareja!* -dijo Guillermina, incomodadísima» (FyJ, 259).

Ni a dos tirones. Es locución «con que se indica la dificultad de ejecutar o conseguir una cosa» (DA). Su uso es frecuente reforzando una negación con verbos «dicendi» y con «soltar». A esta fórmula recurre Galdós para destacar la obstinación del presbítero Mancebo en no separarse de Ángel Guerra, de quien espera grandes beneficios: «Mancebo, que le

¹⁰ Nótese que el *ni por esas* es otra locución adverbial de negación.

acechaba las vueltas, le cogía en su zarpa poderosa, y ya no le soltaba a dos tirones» (AG 1396).

Pues no faltaba más. Beinhauer observa agudamente que esta locución «tiene, según la situación del caso, valor intensamente afirmativo o negativo» (*El español...*, p. 175). Con sentido afirmativo se la escuchamos a Jacinta cuando la dama, ya cansada de soportar las liviandades del esposo, responde a quien le dice que su marido la espera con impaciencia: «-Que espere... *Pues no faltaba más*» (FyJ, 529), cuyo significado es *-Que espere... Naturalmente que sí.* En el diálogo que Ballester y doña Lupe mantienen sobre la difunta Fortunata, la locución sirve para reforzar la negativa: (Ballester): «-Era un ángel. Sí; no me vuelvo atrás aunque usted se ría. (Doña Lupe): -No, si no me he reído. *Pues no faltaba más*» (FyJ, 546). Acerca del imperfecto «faltaba» en lugar del más lógico «faltaría», hace notar Beinhauer: «El uso del imperfecto de indicativo en vez del condicional que se esperaría se explica porque la lengua popular, tratándose de oraciones de tipo irreal, prefiere en la apódosis ese tiempo: "si lo supiera me lo decía" [en lugar de] "me lo diría". Cuando la acción se refiere al pasado, también se usa el imperfecto: "si lo hubiera sabido, me lo decía" [en vez de] "me lo habría (o hubiera) dicho". Con todo, se oye a veces en la conversación "no faltaría más", pese a ser forma más literaria» (*El español...*, p. 194).

En diversas ocasiones encontramos otras locuciones de negación que más que pertenecer al acervo de la lengua coloquial constituyen una muletilla característica de un personaje o de un grupo social limitado, como sucede con el *pa chasco* de Fortunata y de su tío José Izquierdo, y que, por lo tanto, consideraremos en el capítulo dedicado a «otros recursos estilísticos de naturaleza coloquial».

B) LOCUCIONES ADVERBIALES DE CANTIDAD.

Podemos distinguir dos grupos de locuciones coloquiales destinadas a enfatizar la idea de cantidad: el primero está formado por los coloquialismos que sugieren la abundancia y no son, en el fondo, más que una hipérbole pintoresca del concepto *mucho*, y el segundo grupo lo integran las locuciones que enfatizan cantidades mínimas, y que por consistir en representaciones concretas, producen mayor efecto que la abstracción representada por los adverbios *poco* o *nada*.

(I) *Equivalentes coloquiales del concepto «mucho»:*

A espuertas. El DA explica esta locución como «a montones, en abundancia». Villaamil comenta con su esposa la confianza que le inspira cierto personaje que está dispuesto a recomendarle, y para enfatizar la gran cantidad de favores que este señor puede dispensar, dice: «-Saca las credenciales *a espuertas*» (M 634). Sentido muy similar encontramos en la locución *de calle*, empleada por Ballester para indicar la gran cantidad de cierto medicamento que se lleva de la farmacia un cliente: «-El extracto de belladona se lo lleva *de calle*, porque lo que padece la mamá es reuma» (FyJ, 503).

La mar de. Es locución que unida a un adjetivo le comunica sentido superlativo, *la mar de bonito* = *muy bonito*, y frente a un sustantivo o pronombre, equivale a *una gran*

cantidad. Cuando doña Bárbara hace decir misas para implorar el favor del cielo, escribe Galdós que «encargó *la mar de ellas*» (FyJ, 17), y sobre el rompimiento de Fortunata con su amante, comenta Feijoo que «-hace *la mar de tiempo* que tronaron» (FyJ, 345). Debe notarse que en contraposición al marcado sabor coloquial de este giro, la locución participial «hecho un mar de lágrimas» que presenté en otro lugar (*Aportaciones...*, p. 246), tiene, como nota Beinhauer, un regusto literario. (*El español...*, p. 199).

Otros modificantes de naturaleza adverbial que destacan el concepto de mucho, tales como costar *Dios y ayuda*, costar *un ojo de la cara*, dar *hasta la camisa*, prometer *villas y castillos* y ofrecer *el oro y el moro*, todos los cuales hallamos en la pluma de Galdós, ya fueron estudiados unidos a los verbos con los que suelen aparecer en la lengua coloquial. (Véanse mis *Aportaciones...*, pp. 226 y sig.: «Verbos con un modificante».)

Ciento y la madre. Galdós echa mano de esta locución para destacar plásticamente la numerosa parentela que integra una conocida familia: «Los Samaniegos, oriundos, como los Morenos, del país de Mena, también son *ciento y la madre*» (FyJ, 67).

Cualquier cosa. Combinaciones de vocablos tan neutras como la de este epígrafe son, dentro de un determinado contexto, expresiones familiares y enfáticas de la idea *mucho*. No cabe duda de que cuando Jacinta le pide al rico Moreno que contribuya a la construcción de un asilo y este le contesta: «-Ya he dado unas vigas que valen *cualquier cosa*» (FyJ, 402), la intención del caballero es la de ponderar el mucho valor de su donativo. Lo mismo cabe decir del encarecimiento que el farmacéutico Ballester hace de sus remedios: «-También le he hecho una bizma para la cintura que vale *cualquier dinero*» (FyJ, 503). Estas locuciones son tales locuciones por la intención del hablante en momento determinado, lo que nos muestra que la actitud de los interlocutores es elemento de capital importancia para marcar los límites, siempre imprecisos y fluctuantes, de lo que es el lenguaje coloquial.

(II) *Equivalentes coloquiales de los conceptos «poco», «nada»:*

Guillermina, explicando lo *poco a poco* que va reuniendo los medios necesarios para llevar adelante su obra benéfica, dice: «-Pero el dichoso maná iba cayendo *a gotitas, a gotitas*» (FyJ, 77).

Es curioso la significación que el vocablo *maldito* con sus connotaciones de imprecación, adquiere en las ocasiones que menciono seguidamente. Es obvio para todo hablante que la locución *maldito lo que* antepuesta al verbo hace el papel de un enfático adverbio de cantidad de sentido negativo. Así lo notamos cuando Galdós, explicando la repentina falta de interés del joven Santa Cruz en sus estudios, escribe que «*maldito lo que* le importaba que "la conciencia fuera la intimidación total del ser racional consigo mismo", o bien otra cosa semejante» (FyJ, 14), y cuando el cura Rubín le predica a Fortunata sobre el valor de las «gracias personales, que *maldito lo que* significan, sino por las espirituales, que es lo que importa» (FyJ, 217). En múltiples ocasiones el mismo efecto se logra con el uso de *maldito* en función adjetiva: "No había hecho *maldito* caso de las sabias recetas de vida social que le diera su amigo» (FyJ, 475); «no quería *maldita* cosa al chico de Santa Cruz» (FyJ, 24); «-no me hace *maldita* gracia» (FyJ, 529); «-*maldito* el ejemplar que me ha quedado» (FyJ, 14).

Ni asomo. El DA menciona la locución *ni por asomo* como equivalente a *de ningún modo*. Galdós modifica el giro a *ni asomo* con lo que el significado se transforma en *nada*, como podemos comprobar al leer lo que se dice de la falta de medios de comunicación en España: «Los primeros ferrocarriles, que alguno de los tertulios había visto en el extranjero, pues aquí *ni asomo* de ellos había todavía» (FyJ, 34). Otras locuciones como *ni esto, ni tanto así*, necesitan del apoyo del gesto, por lo que serán estudiadas cuando comentemos la importancia que la mímica puede llegar a adquirir en el lenguaje coloquial.

Ni media palabra. El absurdo significado conceptual de esta locución produce más efecto que el incoloro *nada* al que substituye. A ella recurre el novelista al comentar la timidez del joven Baldomero, quien hablando con su novia, «no le había dicho nunca *media palabra* de amores» (FyJ, 24), y una página más adelante, recurre a otro giro de igual significado y más pronunciado sabor coloquial: «No le decía de cosas de amor *ni una miaja de letra*» (25).

La marcada tendencia de la lengua coloquial a substituir lo abstracto por lo concreto es lo que hace que el hablante, en vez de recurrir al adverbio *nada*, eche mano de varios objetos de poco valor, aunque en buena lógica, por poco que valgan, siempre valdrán más que *nada*. Los vocablos a los que con más frecuencia recurre el español coloquial son, entre otros: *bledo, comino, cuarto, gota, higa, higo, mota, pepino* y *pito*. El deseo de añadir detalles concretos al giro seleccionado hace que el hablante elija un número determinado de estos objetos, incurriendo otra vez en lo absurdo de creer que *dos cuartos* o *tres cominos* valen todavía menos que uno. Como tendremos ocasión de comprobar muchas veces, el lenguaje coloquial sacrifica la lógica a la plasticidad. Para prueba de lo dicho, añadimos algunos ejemplos de las locuciones formadas con los vocablos mencionados: «-Efectos de la libertad de que gozo, de no importármeme *un bledo* de nadie» (M, 676). «-Es ridículo hacer tanto aspaviento por lo que no vale *tres cominos*» (FyJ, 380). «-Esta máquina mía nunca ha sido muy famosa, y ahora está que no vale *dos cuartos*» (FyJ, 388). «-Estuve un rato sin ver *gota*» (FyJ, 253). «Había oído la reyerta, sin dársele *una higa* de lo que resultara» (FyJ, 222). «-Él se queda con aquella maldecida casa de Vélez-Málaga, que no valía *dos higos*» (FyJ, 661). «-Pero no te dará *ni una mota*» (FyJ, 402). «-Ya me importa *un pepino* que se nivelen o no los presupuestos» (M, 679). «En la nueva existencia la hermosura física no valía *un pito*» (FyJ, 219).

Ni jota. Según el DA «no entender uno, o no saber, jota, o una jota», es frase figurada y familiar que significa «ser muy ignorante en una cosa». García Blanco en su *Filosofía vulgar-El Folklore Andaluz* (Sevilla 1882-83) también mantiene que «no sabe jota» equivale a decir «no conoce ni sabe la más pequeña letra, no sabe hacer el primer perfil o trazo de ninguna letra, es un ignorante completo»¹¹. La locución adverbial *ni jota*, tiene obviamente un significado igual a las locuciones que acabamos de presentar, pero su procedencia es muy diferente. Beinhauer opina que la jota «indudablemente no se refiere a la letra "j" sino a la iota suscrita del alfabeto griego, y este detalle demuestra que dichas locuciones, hoy archipopulares, son de origen erudito, probablemente bíblico» (*El español...*, p. 206). Sobre un discurso de Maxi en la cocina de su casa, nos dice Galdós que «Papitos no entendió *ni jota*» (FyJ, 184), y acerca de la ideología de doña Lupe, leemos: «Ella no entendía *jota* de política, y si era liberal, éralo por sentimiento» (FyJ, 207). Fortunata recurre a este giro para lamentarse de su ignorancia: «-Yo no sé *jota*, ni aprendo nada» (FyJ, 280), pero doña Lupe que no participa de la misma opinión, piensa: «¡Esa socarrona parece que no sabe *jota*, y sabe

¹¹ Citado por José María Iribarren en *El porqué de los dichos* (Madrid: Aguilar, 1962), p. 271.

más...!» (FyJ, 430). Connotaciones más familiares encontramos en la locución *ni palotada*, de significado análogo y que también se usa en lugar de nada con un verbo «dicendi» o «intelligendi». Sirvan de ilustración los siguientes ejemplos con los que cerramos las locuciones equivalentes a adverbios de cantidad. Sobre la reacción de Jacinta uno de los floridos discursos de su marido, explica Galdós que «Jacinta no entendía *palotada*» (FyJ, 55), y cuando Maxi le explica a Fortunata los prejuicios sociales contra la mujer, «Fortunata no entendía *palotada* de estas leyes» (FyJ, 174). Más adelante al explicarle el esposo los móviles de su conducta, ella piensa: «Esto que dice podrá ser cuerdo, pero yo no entiendo *palotada*» (FyJ, 508). Comentando la ayuda que doña Bárbara le da a su hijo en sus deberes escolares, nos dice Galdós que le traducía los temas de latín, aunque nunca «había ella sabido *palotada* de esta lengua» (FyJ, 28).

C) LOCUCIONES ADVERBIALES DE LUGAR.

Donde Cristo dio las tres voces. Esta locución, usada en vez del adverbio *lejos*, sirve para hacer resaltar el aislamiento del lugar al que se aplica. A ella recurre Galdós cuando nos habla del café San Joaquín, que «estaba *donde Cristo dio las tres voces*» (FyJ, 305). La locución resulta aún más enfática con la modificación introducida al darnos la localización del barrio a donde Fortunata se trasladó el tiempo que duraron sus relaciones con Feijoo: «Vivía en la calle de Tabernillas (Puerta de Moros), que para los madrileños del centro es *donde Cristo dio las tres voces y no le oyeron*» (FyJ, 334-35). En la nota que firmada por F. de H. se publicó en la revista *El Averiguador* (Madrid, 15 de julio de 1872, p. 195) se supone que esta locución hace referencia al desierto donde se retiró Jesús y donde fue tentado por el diablo tres veces. Sbarbi, en *El Averiguador Universal* (Núm. 78. Madrid, 31 de marzo de 1882, p. 92), escribía: «Siempre he creído que es una alusión a las tres exclamaciones en que prorrumpió el Señor en el huerto de Getsemaní al repugnar el cáliz que le era enviado de lo alto.» Iribarren, comentando esta interpretación, dice: «La explicación de Sbarbi no convence, porque el olivar de Getsemaní no es "el lugar muy distante y solitario" a que se refiere el dicho» (*El porqué...*, p. 271).

De tejas abajo. De tejas arriba. Cuando Torquemada contesta a la tía Roma que le reprende su conducta, en lugar de los adverbios *aquí* y *allí* con el significado de *en este mundo* y *en el otro mundo*, recurre a estas locuciones: «-Que yo me sé cuanto hay que saber *de tejas abajo* y aun *de tejas arriba*, ¡puñales!» (TH, 936). Una línea parecida sigue la locución empleada por Maxi cuando, entregado a sus meditaciones religiosas, se pregunta: «Pero ¿quién es el guapo que *de estrellas abajo* entiende y practica la justicia?» (FyJ, 436).

En mis *Aportaciones...* (p. 190) comenté las locuciones *en el otro barrio* y *del lado allá de la puerta negra*, que también son sustituciones coloquiales de *allí* en el sentido trascendente de *en el otro mundo*.

D) LOCUCIONES ADVERBIALES DE TIEMPO.

Los conceptos *siempre* y *nunca* por su rotunda claridad son los que más fácilmente han encontrado acogida en el lenguaje coloquial. El camino elegido por la imaginación para formar locuciones coloquiales con las que sustituir gráficamente el abstracto *siempre*, ha sido

el de buscar un plazo determinado, pero que por su remota lejanía incluye la totalidad del tiempo. Así se ha llegado a la locución *hasta el fin del mundo*, empleada por Galdós al comentar el talento práctico de Aurora: «Pero todos estos méritos habrían sido inútiles *hasta el fin del mundo*, si no se le ocurriera a Pepe Samaniego establecer el comercio de ropa blanca» (FyJ, 424). Camino parecido, pero con intervención de un humorismo familiar, ha seguido la fantasía para formar el giro que escuchamos a don Baldomero cuando denuncia la perpetua insatisfacción política de los españoles: «-Así somos, y así creo que seremos *hasta que se afeiten las ranas*» (FyJ, 310). Este giro parece una creación galdosiana basado en el más frecuente de *cuando las ranas críen pelo* cuya significación es la opuesta de *nunca*.

Cada lunes y cada martes. Es locución que por su significado ocupa un lugar intermedio entre los extremos *siempre* y *nunca*. Su traducción al lenguaje conceptual podría ser la de *con frecuencia*. Sobre las repetidas visitas de Casiano a Dulce, observa Galdós que «se descolgaba por allí *cada lunes y cada martes*» (AG, 1404), y acerca de la estrambótica conducta de la viuda de Reluz, menciona que «despedía a las criadas *cada lunes y cada martes*» (T, 1545), con lo que naturalmente no quiere decir que esos eran los días en los que se cambiaba el servicio, sino la desmedida frecuencia con que la neurasténica señora despedía a las muchachas. Matices afines encontramos en la cita siguiente: «*Entre col y col*, Ruiz pasaba un rato con sus amigos los espiritistas, y los alentaba a organizarse» (FyJ, 304). La locución proviene del conocido refrán «entre col y col, lechuga», cuyo significado metafórico veremos al tratar de los refranes en el texto galdosiano, pero en la cita que traemos a colación su función es claramente la de un adverbio de tiempo que podríamos explicar como *a veces*.

Al tratar de las perífrasis coloquiales de *nunca*, Beinhauer hace notar que este adverbio «se halla frecuentemente acompañado de una cláusula que lo amplifica dándole mayor precisión, como, por ejemplo, "en mi vida", cuyo sentido negativo se ha generalizado tanto que puede usarse en lugar de "nunca" y con idéntica función» (*El español...*, p. 176). Como ejemplo de esta enfática sustitución recordemos el momento en que Santa Cruz le revela a su esposa el nombre de la antigua amante a cambio de la promesa de *nunca* volver a mencionarlo: «-Pues te lo voy a decir, pero con la condición de que *en tu vida* más..., *en tu vida* más me has de mentar ese nombre» (FyJ, 57). La locución es muy usada por el novelista y al insertarla en un contexto el posesivo antepuesto a *vida* debe concordar con el sujeto: «-*En mi vida* me ha pasado otra igual» (FyJ, 62); «creeríanse que no habían hecho *en su vida* otra cosa que estar picoteando todo el santo día» (FyJ, 46).

En jamás de los jamases. En ocasiones, especialmente en el lenguaje literario, el adverbio *nunca* es sustituido por el galicismo *jamás* que se usa casi exclusivamente en el estilo enfático o patético y, a veces, se unen ambos en la gradación ascendente *nunca jamás*. De esta construcción culta se deriva la locución coloquial de este epígrafe, la cual le sirve a doña Pura para ponderar la tacañería de Cabrera: «*En jamás de los jamases* los había obsequiado aquel tío con billetes a mitad de precio para una excursioncita veraniega» (M, 593).

El día del Juicio por la tarde. Esta frecuente locución de carácter coloquial en la que contrastan la solemnidad de la fecha con la cómica ironía del añadido *por la tarde*, se la escuchamos a varios personajes galdosianos. A ella recurre el infeliz cesante Villaamil para dar pábulo a su pesimismo: «-¡No me colocan hasta *el día del Juicio por la tarde!*» (M, 573), el presbítero Casado para encarecer lo irrealizable de los sueños de Ángel Guerra: «-Como todo eso que ha de traernos el "dominismo" será para dentro de una docena de siglos, o, como si dijéramos, *el día del Juicio por la tarde*, no le hago caso» (AG, 1515), y Torquemada para

renunciar a toda esperanza de cobrar un préstamo: «-*El día del Juicio por la tarde me pagaréis; ya sé que este es dinero perdido*» (TH, 928). En otra ocasión en que el novelista, a propósito de este mismo personaje, habla de los riesgos inherentes a la usura, recurre a una locución muy semejante: «Porque aun cuando algunos [préstamos] no se cobrasen hasta *la víspera del Juicio Final*, la mayor parte de las víctimas caían atontadas por miedo al escándalo» (FyJ, 204).

E) LOCUCIONES ADVERBIALES DE MODO.

Dada la gran variedad de matices con que los adverbios de modo pueden afectar la acción verbal, es natural que hallemos un ancho campo donde las locuciones coloquiales hayan proliferado. A fin de presentarlas con cierto método, las agrupo bajo los adverbios a los que sustituyen en las citas galdosianas, advirtiendo que estos adverbios se han tomado en su más amplia y general significación.

BIEN - MAL.

En grande. El DA registra esta locución con la explicación de «con fausto o gozando mucho predicamento». Guillermina dice a Izquierdo comentando maliciosamente su subida de nivel social y aludiendo a las antiguas mañas: «-Estando usted tan *en grande* no se le ocurrirá engañar a la gente» (FyJ, 519).

Vendiendo vidas. Es locución que suele aplicarse al que hace alarde de vitalidad y actividad como consecuencia de una salud excelente. Comentando el alegre espectáculo que la vida callejera de Sevilla ofrece a los visitantes, menciona Galdós a la mujer andaluza que «va por aquellas calles *vendiendo vidas*» (FyJ, 58), y sobre las posibilidades, todavía lejanas, que tenían los hermanos Rubín de heredar a una parienta entrada en años, pero gozando de buena salud, escribe: «Una tía materna, viuda, sin hijos y rica; mas como estaba *vendiendo vida*» (FyJ, 158).

Como a las burras las arracadas. Numerosas locuciones adverbiales están basadas en una comparación. Desde muy antiguo, los observadores del lenguaje han notado la afición de los hispano-hablantes a recurrir a la gran riqueza y variedad de giros que las comparaciones suplen al acervo de la lengua. El uso de las fórmulas comparativas en Galdós, será materia de otro capítulo, y las que en este aparecen en función adverbial son una muestra de lo que veremos más detalladamente. La humorística comparación aquí mencionada se la escuchamos a la vieja tía Roma, quien conociendo la falsedad de los alardes caritativos de Torquemada, le dice: «-A usted le sienta eso *como a las burras las arracadas*» (TH, 932). Una de las comparaciones más frecuentes que sustituye al adverbio *mal* cuando modifica al verbo *sentar*, es la tan oída «como a un Cristo un par de pistolas».

Por puertas. Nos encontramos en esta locución con un giro que ha caído en desuso, pero que Galdós emplea con el mismo significado que recoge el DA: «En extrema pobreza», o sea, más en un sentido puramente económico. Cuando Cadalso se finge enamorado de Abelarda, exclama: «-Con una como esta me casaría yo *por puertas*» (M, 605), queriendo

decir que se trata de una joven tan hábil en el manejo del dinero, que no es necesario esperar a tener ahorros para celebrar la boda.

Las locuciones adverbiales que vamos a tratar a continuación se emplean como sustitutos coloquiales de adverbios de modo terminados en *-mente*. Casares opina que el escaso número de otros adverbios con que cuenta la lengua es lo que nos ha obligado a emplear hasta el exceso estos adverbios construidos sobre la forma femenina del adjetivo. Sobre el abuso de este sistema de derivación adverbial, y la conveniencia de recurrir a modismos que aligeren el estilo, escribe:

Estos adverbios, sesquipedales y amazotados con sus consonancias internas *-ardientemente*, *independientemente* y con su doble cadencia acentual, me han parecido siempre un estorbo para que pueda fluir el período con agilidad y elegancia; un estorbo como los autobuses de dos pisos para la circulación callejera. Otros sucedáneos de los adverbios que nos faltan se ha buscado en los adjetivos neutralizados: «ver claro», «pisar fuerte», etc.; pero el uso no ha progresado mucho por este camino.

Resulta, pues, que a pesar de todas estas componendas, la función adverbial estaría pobremente servida si no contáramos con los modismos. Gracias a estos podemos emanciparnos de la tiranía de ese sustantivo «mente», maltratado hasta dejarlo sin sentido, y acudir a los nombres más expresivos de la lengua. Estos nombres, tomados en su acepción recta o figurada, y seguidos cuando conviene de adjetivos u otros complementos, nos permiten determinar o colorear con los más delicados y varios matices la significación de los verbos (*Introducción...*, p. 222).

Las citas galdosianas que recogemos, creo que ilustran admirablemente estas palabras de Casares.

ABIERTAMENTE - CALLADAMENTE

A cara descubierta. Es la locución elegida por el novelista al explicar la radical alteración de las malas costumbres del vago y desordenado Olmedo: «Porque Olmedo había dado un cambiazó en sus costumbres, volviéndose aplicadísimo *a cara descubierta*» (FyJ, 305). El DA menciona «paladinamente, públicamente, claramente, sin rebozo», como equivalentes de esta locución, y además recoge la frase figurada «andar a cara descubierta», con la explicación de «obrar sin disimulo, cual suelen quienes proceden bien y conforme a razón».

A son de cencerro. Es locución de significado análogo a la anterior. Al hablar del antiguo comercio de Santa Cruz, Galdós, para indicar que no se necesitaba hacer propaganda *abiertamente*, por ser la calidad de los artículos la mejor publicidad, aclara: «Los detallistas no necesitaban que se les llamase *a son de cencerros*» (FyJ, 19). Una construcción muy parecida, pero de sentido opuesto, la encontramos en *a cencerros tapados*, cuyo sentido figurado es el de «callada y cautelosamente» (DA), y su origen, según el mismo Diccionario,

está en la costumbre de rellenar «con hierbas u otra cosa, para que no suenen, los cencerros de las reses, por lo común cuando entran a comer sementeras o pastos del ganado de otro dueño». Como la madre de Tristana ejercitase *calladamente* sus aficiones poéticas, nos dice el novelista que «a cencerros tapados compuso algunos versitos» (T, 1545). Dentro de esta misma línea cabe colocar la locución con que el presbítero Mancebo anuncia lo que le pasará a su sobrina cuando abandone el convento: «-No tiene más remedio que volver a casa de su tío, el cual la recibirá *con repique de campanas*» (AG, 1411). Mediante esta locución se indica, no solamente lo público de la acción, sino también la alegría que causa, simbolizada en ese metafórico repique.

Contrariamente, el silencio con el que se procura encubrir las malas acciones, y también el que la virtud suele buscar para practicar las buenas obras, es aludido en la lengua coloquial mediante la locución *a la calladita*. De ambas situaciones encontramos ejemplos en el texto galdosiano. Cuando el cura Rubín adivina las perversas intenciones de Fortunata, la reprende severamente: «-Eso, que no hubiera pasado el lance para continuar pecando *a la calladita*» (FyJ, 291), y Guillermina, alaba la conducta caritativa de doña Lupe, diciéndole: «-¡Sabe Dios las misericordias que usted, *a la calladita*, habrá hecho en este mundo» (FyJ, 369).

Chitito callando. Galdós hace derivar esta locución del adverbio de modo familiar *chiticallando*, compuesto a su vez de la interjección *chito*. Su significado es «sin escándalo ni ruido para dar en el hito o conseguir lo que se desea» (DA). Mediante ella se refiere Aurora al modo astuto que Moreno siguió cuando al ver en París al marido de la joven, formó el propósito de seducirla: «-En París estaba Moreno, le vio... y *chitito callando* se fue a Royan, sabiendo que me cogía sola y descuidada» (FyJ, 444). También de uso coloquial, a pesar de su aire latino, es la locución *de ocultis*, «oculta, disimuladamente o en secreto» (DA), a la que Galdós recurre al narrar las aficiones de Estupiñá al contrabando: «Estupiñá se encargaba de traer estos peligrosos artículos de la casa de un truchimán que los vendía *de ocultis*» (FyJ, 75).

Como en misa. Esta comparación, alusiva al silencio que debe guardarse en la iglesia durante la celebración litúrgica le sirve a Galdós para destacar la actitud de Maxi cuando su hermano mayor lo sacaba de casa: «Por las noches solía llevarle a la tertulia del café, donde estaba el pobre chico *como en misa*, oyendo atentamente lo que se decía y sin desplegar sus labios» (FyJ, 480). También la utiliza para enfatizar el sumiso acatamiento de Barbarita a los planes que su madre tiene de casarla: «Callose, pues, *como en misa*» (FyJ, 25). Otra comparación, menos solemne y más gráfica, es la utilizada para describir la silenciosa forma de andar de la taimada Patria: «Se acercaba pasito a pasito pisando *como los gatos*» (FyJ, 272). Para las modificaciones adverbiales de los verbos *decir* y *despedirse* en las locuciones verbales *sin decir oxe ni moste* y *despedirse a la francesa*, consúltese mis *Aportaciones...*, p. 230).

AMISTOSAMENTE

El cordial ambiente en que se desarrolla la comida de Fortunata y Maxi, se describe concisamente por Galdós del modo siguiente: «Media hora después estaban sentados a la mesa, *en amor y compañía*» (FyJ, 188). El DA trae la explicación de «en amistad y buena compañía».

APACIBLEMENTE

Es muy frecuente en el habla coloquial recurrir a la comparación *como un ángel* para referirse a un dormir apacible, especialmente cuando se trata del sueño de los niños. De la criadita Papitos, Galdós dice que «dormía *como un ángel*» (FyJ, 184). También el modificante *a pierna suelta* ha formado con el verbo *dormir* cliché lingüístico de significación muy parecida a la que aquí estudiamos. (Véase mis *Aportaciones...*, p. 231).

CALLADAMENTE (Véase abiertamente - calladamente, pp. 29- 31)

COMPLETAMENTE

A carta cabal. El DA considera esta expresión locución adverbial equivalente a los adjetivos *intachable*, *completo*, y cita los ejemplos «hombre de bien, mujer honrada, *a carta cabal*». De ella se sirve Fortunata para anunciar enfáticamente sus propósitos: «-Yo quiero ser honrada *a carta cabal*, honrada, honrada» (FyJ, 331). En cuanto a la santidad, aunque sus aspiraciones no fueron tan decididas, Galdós las explica por medio de otra locución coloquial de significación muy semejante: «Ni una sola vez, en los momentos de mayor fervor piadoso, le pasó a la pecadora por el magín la idea de volverse santa *a machamartillo*» (FyJ, 244). En nota aparecida en *El Averiguador* (Tomo III, Madrid 1876, p. 111) se explica el origen de esta última locución como proveniente del trabajo que hacen los herreros con un martillo de grandes proporciones que se llama «el macho». Se aplica, por tanto, a los trabajos hechos firme y concienzudamente. Con este sentido aparece registrada igualmente en *El Tesoro* de Covarrubias y en el *Vocabulario de Refranes* del maestro Correas. (Citados por Iribarren en *El porqué...*, p. 70).

De cabo a rabo. Es locución coloquial que significa «del principio al fin» (DA). Sobre la obsesión de Jacinta por conocer el pasado de su marido, explica Galdós: «Ella quería leer *de cabo a rabo* ciertas paginitas de la vida de su esposo antes de casarse» (FyJ, 49).

Hasta las cachas. El entusiasmo amoroso que el joven Baldomero siente por su novia lo expresa Galdós diciendo que «estaba enamorado hasta las cachas» (FyJ, 25). El DA explica esta locución como «sobremanera, a más no poder. Dícese principalmente del que se mete en algún empeño».

La idea de *limpio completamente* suele expresarse en el lenguaje coloquial con la locución *limpio de polvo y paja*. Maxi piensa que su amada, después de purificada con varios meses de reclusión religiosa, «volvería a la sociedad *limpia de polvo y paja*» (FyJ, 219). Según Iribarren (*El porqué...*, p. 302) este giro «alude al trigo y a los arrendatarios o aparceros que entregan este al dueño de la tierra, libre de embarazos, después de haberlo trillado, aventado y limpiado». Vemos que en este pensamiento, de Maxi hay una comparación implícita de la persona purificada con el trigo limpio. Esta metáfora, usada varias veces en la Biblia, volverá a aparecer claramente cuando tratemos de las identificaciones.

DECIDIDAMENTE

A todo trance. Santa Cruz, desde que sabe que Fortunata anda por Madrid, concibe el propósito de reunirse con ella y comprobar personalmente los progresos sociales de su antigua amante. Sus pensamientos toman esta forma: «Quiero verla, quiero verla *a todo trance...*, y mientras no la vea no creeré en la metamorfosis» (FyJ, 155). En otra ocasión, también Fortunata, terriblemente excitada por la visita de Maxi, ansía dejar la cama en la que yace convaleciente de parto y «Segunda tuvo que enfadarse para impedir que se levantara, pues quería hacerlo *a todo trance*» (FyJ, 512). Obsérvese que tanto la decisión de Santa Cruz como la de Fortunata envuelven serios peligros, como los hechos posteriores demuestran, dato que está implícito en la locución adverbial, cuya explicación en el DA es la de «resueltamente, sin reparar en riesgos». Esta misma explicación puede aplicarse igualmente al giro escogido por doña Lupe cuando piensa en su decidida intención de ayudar a Fortunata por encima de todos los obstáculos: «Yo, cuando hago el bien, lo hago *contra viento y marea*» (FyJ, 498).

Como el gato a la carne. Mediante esta vívida y familiar comparación, Mauricia le describe a Fortunata el modo como Santa Cruz se sentirá atraído de nuevo por su primera pasión: «-Puedes hacer rabiar al chico de Santa Cruz, porque en cuanto te vea hecha una persona decente, se ha de ir a ti *como el gato a la carne*» (FyJ, 247). Idénticas connotaciones encontramos en la locución empleada por don Baldomero para advertirle a su esposa lo que les pasará a los visitantes indeseables que persiguen al hijo de la casa: «-Y en cuanto llegue hombre o mujer de malas trazas con papel o recadito, me lo trincan y al Saladero *de cabeza*» (FyJ, 44). El DA consigna la explicación de «con rapidez y decisión, sin pararse en obstáculos».

DESASTRADAMENTE - ELEGANTEMENTE

De trapillo. Esta locución hace referencia al arreglo externo de la persona, y el DA la explica como «con vestido llano y casero». En el habla coloquial, puede tomar un sentido algo más peyorativo. Galdós recurre a ella para describirnos el ambiente del café «Gallo», el que frecuenta Refugio, la cual no anda ciertamente bien de ropa, por lo que el novelista aclara: «La sociedad modesta que frecuentaba aquel establecimiento permitía presentarse en él *de trapillo* o con mantón y pañuelo a la cabeza» (FyJ, 487), que era entonces la indumentaria de las mujeres de clase humilde.

Con los trapitos de cristianar. La costumbre de llevar a la iglesia con su mejor ropa a los niños que van a recibir el bautismo, ha dado por resultado esta locución coloquial. La primera visita de doña Lupe a Fortunata y sus deseos de impresionar a la futura sobrina con sus elegancias, originan el siguiente comentario de Galdós: «Y fue al día siguiente doña Lupe, vestida *con los trapitos de cristianar*» (FyJ, 223). Ballester, en una de sus visitas a la joven, también «venía vestido *con los trapitos de cristianar*» (FyJ, 484). Cuando Fortunata se pregunta cómo será mejor arreglarse para recibir a su futuro cuñado el clérigo Rubín, piensa: «¿Me vestiré *con los trapitos de cristianar* o de cualquier manera?» (FyJ, 212). Galdós parafrasea esta locución al comentar el atuendo con que Abelarda se presenta a su cita con

Cadalso en la iglesia: «Quien hubiera visto entrar a la chica de Villaamil se hubiera pasmado de notar en ella su mejor ropa, *los verdaderos trapitos de cristianar*» (M, 646)¹².

DESCONSIDERADAMENTE

Con cajas destempladas. El venerable *Diccionario de Autoridades* (1726-39) nos explica el origen de esta locución en el comentario que hace al giro *Echar con cajas destempladas*: «En la milicia es echar de alguna Compañía o Regimiento al ruin soldado que ha cometido algún delito e infame, por el cual no se le quiere tener dentro de las tropas: para cuyo efecto se destemplan las cajas (los tambores), y tocándolas, se le sale acompañando hasta echarle del lugar. Metafóricamente se entiende del que apean (deponen) con demostración pública de algún empleo: y también de la persona que se echa de casa arrebatadamente o porque es molesto en ella o porque no conviene su asistencia y comunicación.» Recuérdese que en las ejecuciones públicas, los condenados subían al patíbulo al son de cajas destempladas. El joven Santa Cruz responde al anuncio de una visita inoportuna amenazando por medio de esta locución: «-Si me le traes, le echo *con cajas destempladas*» (FyJ, 97). La edición del DA que nos sirve de consulta (XVIII, 1956) menciona las expresiones «despedir, o echar, a uno con cajas destempladas». Galdós, haciéndose eco del uso de los hablantes, amplía los verbos susceptibles de tomar este modificante adverbial y, con más frecuencia, cambia la locución en *a cajas destempladas*. Así, comentando la absoluta lealtad de Pantoja a los intereses de la Hacienda y la desconsideración que mostraba al que se enfrentase con los intereses públicos, nos dice: «En cuanto a su probidad, no hay que decir sino que recibía *a cajas destempladas* a los agentes que iban a ofrecerle recompensa por despachar bien y pronto tal o cual negocio» (M, 614), de Villaamil nos declara que «lo que él desearía era ver salir a su yerno *a cajas destempladas*» (M, 594), y cuando Guillermina le explica a Jacinta que va a aconsejar a Fortunata que despida a Santa Cruz sin contemplaciones en caso de que se le acerque, dice: «-Yo la sermonearé bien para que le reciba a cajas destempladas» (FyJ, 403). Roza de alguna manera el sentido de esta locución el comentario de Santa Cruz sobre la actitud amenazadora e intolerante que la autoridad se ve forzada a tomar, dado el carácter de los españoles: «-Aquí

¹² Otras locuciones coloquiales referentes a la elegancia del vestido son *de pontifical*, *de tiros largos* y *de punta en blanco*. La primera, de origen litúrgico, hace referencia a la pompa de las vestiduras episcopales en las ceremonias solemnes. *De tiros largos*, que el DA explica como «con vestido de gala», alude a la costumbre de uncir las bestias que tiraban de las carrozas dejando largos espacios entre ellas, con el fin de dar impresión de gala y suntuosidad. En cuanto a *de punta en blanco*, aunque hoy se le da el sentido de «vestido de uniforme, de etiqueta o con el mayor esmero» (DA), en los autores clásicos aparece con el significado de *abiertamente, sin rodeos ni paliativos*, y tiene su origen en las prácticas de armas. (Véase el artículo de Julio Casares, «De punta en blanco», en «El humorismo y otros ensayos», *Obras completas*, Vol. VI (Madrid: Espasa-Calpe, 1961), pp. 285-91.) Vemos que cuando Galdós recurre a «de punta en blanco», le da un sentido más cercano al clásico que al actual. Ocurre cuando el novelista comenta los reparos que la carismática monjita «Leré» opone a las utópicas reglas de la fundación religiosa de Ángel Guerra. Dice Galdós que estas objeciones, como hechas por «Leré», «venían *armadas de punta en blanco*, revestidas de invulnerable coraza y con el estoque ondulado del arcángel» (AG, 1511). Es claro que con esta fórmula se pretende destacar la estricta ortodoxia de las observaciones de la hermana, con las que destruye hasta la sombra de cualquier doctrina sospechosa.

no puede gobernar más que un hombre que esté siempre *con una estaca en la mano*» (FyJ, 86).

De mano en mano. Mediante esta locución Mauricia alude a las desconsideraciones y graves perjuicios que Fortunata tendría que soportar de no refugiarse en un matrimonio de pura conveniencia: «-Nada, te casas..., porque casarte es tu salvación. Si no, vas a andar *de mano en mano* hasta la "consunción" de los siglos» (FyJ, 265-66).

DESORDENADAMENTE - ORDENADAMENTE

Al buen tuntún. «Sin reflexión ni previsión» es como el DA define esta locución. La encontramos en el destructivo comentario que Galdós hace sobre la manera como el clérigo Rubín practica la cura de almas: «Tenía recetas charlatánicas para todo, y las aplicaba *al buen tuntún*, haciendo estragos por dondequiera que pasaba» (FyJ, 216). En cierta ocasión Feijoo se trabuca al tratar un delicado problema familiar, y Galdós recurre a otra locución de significado muy semejante: «Feijoo abordó la cuestión, y *por zancas y barrancas* soltando lo primero que se le ocurría, llegó a decir que él se había propuesto, por pura caridad, negociar la reconciliación» (FyJ, 345). Aunque el DA trae la explicación de «por varios y extraordinarios medios», el sentido más común es el de «desordenadamente» con que aquí se menciona. (Para el modificante *patas arriba* en las locuciones verbales *dar patas arriba* y *poner patas arriba*, véase mis *Aportaciones...*, p. 171).

Por mis pasos contados. Es locución de sentido opuesto a las arriba consideradas, es decir: «Por su orden o curso regular» (DA). De ella se sirve un empleado del Ministerio de Hacienda para justificar la legitimidad de su paga: «-Pues yo -decía don Basilio-, cuando estaba en mi ramo, llegué a veinticuatro *por mis pasos contados*» (FyJ, 297).

DESPREOCUPADAMENTE

El gesto de indiferencia del que camina libre de preocupaciones ha dado a Galdós motivo para formar una locución con que explicar la despreocupación de quien no debe atender a responsabilidades de trabajo alguno: «Y he aquí a mi hombre paseándose por Madrid *con las manos en los bolsillos*, o viendo correr tontamente las horas en este y el otro café» (FyJ, 159).

DETALLADAMENTE

Con todos sus pelos y señales. Esta gráfica locución suele aplicarse principalmente a las narraciones sumamente detalladas, como sucede con la que Villalonga hace de las vicisitudes de una azarosa reunión política, de la que se nos dice que, sin muestras de cansancio, volvió «a contar el caso *con todos sus pelos y señales* para que lo oyera don Baldomero» (FyJ, 155). Menos concreta, pero de idéntico significado es la que Galdós nos ofrece en la cita siguiente: «Fortunata deseaba estar sola con su amiga para hablar *largo y tendido* sobre diferentes cosas» (FyJ, 465). Aunque la lacónica explicación del DA es solamente «con profusión», es evidente que se refiere a la abundancia de detalles con que se adorna lo fundamental de una descripción o narración.

DISIMULADAMENTE

A lo bóbilis bóbilis. Cuando Fortunata piensa que su marido anda buscando pretextos para deshacerse de ella, se dice a sí misma: «Este hombre me quiere matar y hace todas estas comedias para vengarse de mí y asesinarme *a lo bóbilis bóbilis*» (FyJ, 470). A pesar de cierto aire culto que nos sugiere la terminación *-ilis*, según Seijas Patiño en su «Comentario al *Cuento de cuentos*» de Quevedo, esta locución en su significado de «de balde, gratis, a lo bobo», o como dice el DA, «sin trabajo», es frase «inventada y compuesta bárbaramente por el vulgo».

ELEGANTEMENTE (Véase desastradamente - elegantemente, pp. 35-36).

ENGAÑOSAMENTE

Fortunata, buscando una disculpa a su conducta, trata de convencerse a sí misma de que su matrimonio se realizó sin ella darse cuenta, y recurre a una comparación que ha cuajado en cliché lingüístico: «Me han engañado -pensaba-, me han llevado al casorio *como llevan una res al matadero*» (FyJ, 278).

ESFORZADAMENTE

A todo tirar. El DA trae como explicación «a lo más, a lo sumo», pero del uso coloquial de esta locución se desprende claramente que en el plazo concedido va implícita la idea de *con esfuerzo*. Sobre la crisis política por la que el gobierno estaba atravesando Juan Pablo opinaba que «la situación duraría..., *a todo tirar, a todo tirar*, tres o cuatro meses» (FyJ, 346). El médico que atendió a Mauricia en su última enfermedad, también recurrió a esta locución para indicar el corto y penoso tiempo de vida que le restaba cuando le anunció a Guillermina que, «*a todo tirar*, tiraría dos días» (FyJ, 383). (Para *tirar* con la acepción coloquial de *vivir*, véase mis *Aportaciones...*, p. 211). Algo más literaria resulta la locución con la que Dulce exhorta a Ángel a seguir sin desanimarse la senda de la virtud: «-Puesto a ello, debes ir hasta el fin. O santidad *a punta de lanza*, o nada» (AG, 1408).

Como un negro. La debatida cuestión social de la esclavitud ha dejado su huella en el lenguaje coloquial en esta comparación que, generalmente unida al verbo trabajar, se usa para destacar el esfuerzo inherente al cumplimiento de las diarias faenas. De don Baldomero, afirma Galdós que «había trabajado toda la vida *como un negro*» (FyJ, 84), y de Estupiñá, que «siempre hacía el papel de que trabajaba *como un negro*» (FyJ, 39). A esta comparación recurre también doña Lupe cuando se pone a reflexionar lo mucho que ella ha hecho por sus sobrinos: «Si yo no hubiera trabajado *como una negra* para defender el panecillo» (FyJ, 198), y Fortunata al considerar su deseo de que su amante no debiera tener dinero y depender completamente de ella: «Para que las cosas fueran en regla, debía ser pobre, y entonces ella trabajaría *como una negra* para mantenerle» (FyJ, 279). En otra ocasión en que Galdós expone los pensamientos de Fortunata sobre los resultados del trabajo, encontramos una

comparación parecida: «No le importaba trabajar *como el obispo*, con tal de poseer lo que por suyo tenía» (FyJ, 275). Parece ser una desvirtuación de la expresión «trabajar para el obispo» que significa «trabajar sin recompensa» (DA) y que se aplica a una situación completamente opuesta a la que la joven aspira.

ESMERADAMENTE

Las especiales atenciones y delicadezas que requiere el cuidado de las personas o cosas frágiles han quedado plasmadas en otra comparación tomada de la vida cotidiana: cuidar *como a las niñas de los ojos*. De ella se sirve Abelarda al explicar los desvelos con que las mujeres de la familia han protegido la salud del niño Luisito: «-Nos debe la vida, porque le hemos cuidado como a las niñas de nuestros ojos» (M, 667).

EXACTAMENTE

Al punto de caramelo. Esta locución familiar proviene del llamado arte culinario y se refiere al momento exacto en que el almíbar derretido al calor alcanza la concentración conveniente para convertirse en caramelo al enfriarse. Maxi, en el período de sus elucubraciones filosóficas, pretende que él y Fortunata abandonen esta vida al lograr exactamente el grado de virtud conveniente para el gran paso: «-Cumplamos tú y yo la ley de morir cuando nos creamos llegados *al punto de caramelo* de la pureza» (FyJ, 469).

El coloquial *talmente*, en el que notamos cierto aire vulgar, sirve a menudo en el habla del pueblo para suplir al más literario *exactamente*. Estupiñá pondera así ante doña Bárbara la calidad de la ternera: «-La hay tan fina, señora, que parece talmente merluza» (FyJ, 73). Igual apreciación cabe hacer de *mismamente*, en el que el tono culto de la terminación contrasta con el sabor popular del vocablo. Veamos cómo Mauricia cuenta la visión que tuvo de la Virgen: «-Después dio la vuelta para allá y volvió a pasar entre vosotras sin que la vierais, hasta llegar *mismamente* a aquel árbol» (FyJ, 253).

FÁCILMENTE

Como una seda. La sensación de deslizarse con gran suavidad y sin tropiezo alguno que el contacto con la seda nos produce, ha hecho que la imaginación popular recurra a esta comparación cuando se quiere destacar la facilidad con que se producen ciertos procesos. Galdós nos explica el comienzo de las relaciones amorosas entre Santa Cruz y Jacinta diciendo que «el tránsito de la fraternidad al enamoramiento se hacía *como una seda*» (FyJ, 46), y sobre la manera de salvar las dificultades que presentan los consejos de Feijoo a su protegida, observa: «Lanzado, pues, el concepto más peligroso, siguió luego como una seda, sin nudo y sin tropiezo» (FyJ, 353).

Como los peces en el agua. Con esta expresiva comparación el lenguaje coloquial logra sugerir eficazmente la facilidad de moverse y actuar en un ambiente de acuerdo a las inclinaciones naturales. De la virtuosa Guillermina afirma Galdós que «se había hecho a la verdad y vivía a ella como los peces en el agua» (FyJ, 405-6), y al retraído Maxi, al explicar sus sueños compensatorios, nos lo presenta imaginándose «que estaba en sociedad de mujeres

como el pez en el agua» (FyJ, 163). El DA define esta locución como «disfrutar comodidades y conveniencias».

Como Pedro por su casa. La locución *entrarse como por su casa* aparece frecuentemente en nuestros clásicos, en *El Lazarillo* de Juan de Luna y en Cervantes entre ellos. El maestro Correas en su famosa colección, incluye *entrarse como Pedro por Huesca*, alusiva al sitio y toma de esta ciudad por Pedro I en 1094. Iribarren supone que del cruce de ambas expresiones ha resultado la que encabeza este epígrafe, cuyo empleo es el de mostrar la confianza con que alguien se introduce en casa ajena. La naturalidad con que el novio de Abelarda visita el hogar de las «Miaus», la expresa Galdós diciendo que «Ponce entraba por allí *como Pedro por su casa*» (M, 602).

IMPACIENTEMENTE

Como agua de mayo. De lo beneficiosas que son las aguas primaverales para la agricultura y de la impaciencia con que las lluvias son aguardadas por los campesinos, se ha derivado la presente locución adverbial. En cierta ocasión el usurero Torquemada se despidió de uno de sus clientes con estas palabras: «-Me aguardan en otra parte donde hago muchísima falta, donde me están esperando *como agua de mayo*» (TH, 926). El ansia del desgraciado cesante Villaamil por el empleo que no llega, encuentra su expresión coloquial en otra comparación muy parecida: «-Ya ves cuán abatido está el pobre señor, esperando *como pan bendito* su credencial» (M, 577).

INDUDABLEMENTE

A ojos cerrados. Una de las ideas más arraigadas en el ánimo de Fortunata es su deseo de ser como Jacinta. El efecto de la presencia de Jacinta en el ánimo de Fortunata lo describe Galdós así: «Si le propusieran a la prójima, en aquel momento, transmigrar al cuerpo de otra persona, sin vacilar y *a ojos cerrados* habría dicho que quería ser Jacinta» (FyJ, 244). El efecto de certidumbre absoluta que esta locución produce, está explicado en la definición que de ella trae el DA: «Sin reparar en inconvenientes ni detenerse a mirar los riesgos que pueden ofrecerse.» El otro sentimiento fundamental en la personalidad de Fortunata, el constante amor por Santa Cruz, nos lo da a entender el novelista mediante otra locución afín a la ya mencionada: «Soñó que la Virgen la casaba, no con Maxi, sino con su verdadero hombre, con el que era suyo, *a pesar de los pesares*» (FyJ, 267).

Por encima de la cabeza de Cristo. La enfática promesa que el herrero le hace a Guillermina sobre la absoluta certeza con que puede confiar en que le hará el trabajo para la fecha prevista, toma la forma siguiente: «En seguida se pondría con los gatillos de la señora, y los tendría, los tendría *por encima de la cabeza de Cristo* para el día señalado» (FyJ, 399). El parentesco de esta locución con las fórmulas empleadas para los juramentos solemnes es evidente. Aún más enfática, por estar amplificadas, es la forma en que Fortunata se plantea el nuevo vínculo familiar que el nacimiento de su hijo establece entre ella y la abuela del niño: «Sí, señora doña Bárbara, es usted mi suegra *por encima de la cabeza de Cristo Nuestro Padre*» (FyJ, 505).

Muchas veces, para destacar la autenticidad de las afirmaciones, el hablante recurre a locuciones que toman la forma de una comparación con verdades incommovibles. Beinhauer, al estudiar las fórmulas de «juramento y confirmación», observa que «en español (lo mismo que en alemán y otras lenguas) se refuerza la idea de la veracidad de un hecho declarándolo tan seguro como otro del que nadie duda» (*El español...*, p. 189). Confirmamos lo dicho con los ejemplos a continuación:

Como hay Dios. En su brevedad es la más absoluta y tajante de todas las comparaciones posibles. Es empleada por Segunda para manifestar su satisfacción por el nacimiento del hijo de Fortunata: «-Yo estoy muy orgullosa, porque él Santa Cruz es *como hay Dios*» (FyJ, 535), y la madre del infante, segura del entusiasmo que doña Bárbara experimentará cuando lo vea, también piensa: «*Como hay Dios*, que se vuelve loca» (FyJ, 504). Cuando páginas más adelante, le traen la noticia de la traición de Santa Cruz, la trágica nueva se impone indubitablemente en su ánimo: «Nada, que era verdad, *como hay Dios*» (FyJ, 510). Incluso los decididos propósitos de suicidio de Juan Pablo Rubín se manifiestan mediante el mismo giro: «En cuanto salga del despacho del jefe me levanto la tapa de los sesos, *como hay Dios*» (FyJ, 499). Ello nos demuestra la total lexicalización de la fórmula y su significado de locución adverbial de certeza, con olvido de su significado literal de declaración de fe, que ciertamente no sería lo más propio en el estado de desesperación en que Juan Pablo se halla. Idéntica consideración cabe hacer sobre la comparación con que Fortunata pretende establecer la seguridad de unos supuestos amores entre Jacinta y Moreno: «*Como Dios es mi padre*, que la "mona del Cielo" le quería también» (FyJ, 463).

Como el Evangelio. Es locución que frecuentemente aparece como modificante adverbial del verbo *creer*. Santa Cruz, hablando de Fortunata, le recalca a su esposa: «-Créelo *como el Evangelio*, es de tal condición, que el hombre más enamorado no la resiste un mes» (FyJ, 315), y el propio novelista, comentando la ingenuidad de la candorosa sor Facunda, declara que «cuanto le decían, sobre todo si era bueno, se lo creía *como el Evangelio*» (FyJ, 503). A Ballester le sirve esta comparación para indicar la fe rendida con la que el crítico Ponce acoge cuanto desatino él le dice, pues todo «lo escucha *como el Evangelio*» (FyJ, 503). A veces la locución se nos presenta en función adjetiva calificando directamente a un sustantivo, como cuando doña Lupe piensa que Feijoo es «hombre de veracidad, con una palabra *como los Evangelios*» (FyJ, 358). El considerar el Evangelio como la representación por antonomasia de *la verdad* es un concepto tan aceptado en la lengua coloquial, que volveremos a tratar del tema con motivo de las *identificaciones*. Fuera del terreno puramente religioso, el recurrir a verdades evidentes y comprobables por los sentidos también es origen de abundantes comparaciones. Particularmente frecuentes son las tres locuciones que añadimos como remate de este epígrafe:

Como esta es luz. Como este es día. Como esta es noche. Cuando Fortunata le cuenta a Guillermina la historia de su seducción por Santa Cruz, añade para justificarse: «-A mí me había dado palabra de casamiento..., *como esta es luz*» (FyJ, 404), y más adelante, pensando lo inconveniente de su conducta con la dama, recurre al mismo giro: «Le pediré perdón por lo mal que me porté aquel día, y me perdonará... *como esta es luz*» (FyJ, 505). Ballester echa mano del segundo giro para mostrar la certeza de lo que anuncia: «-Se la tiene que comer, *como este es día*» (FyJ, 504), y Santa Cruz, adaptando la locución a la hora en que hace sus confidencias a la esposa, asegura: «Me puedes creer, *como esta es noche*, que Fortunata no me inspiraba sino lástima» (FyJ, 145). (En mis *Aportaciones...* presenté dos locuciones verbales con modificantes de significación parecida a las locuciones que acabamos de ver: *creer a pie juntillas* [p. 230] y *saber a ciencia cierta* [p. 235].)